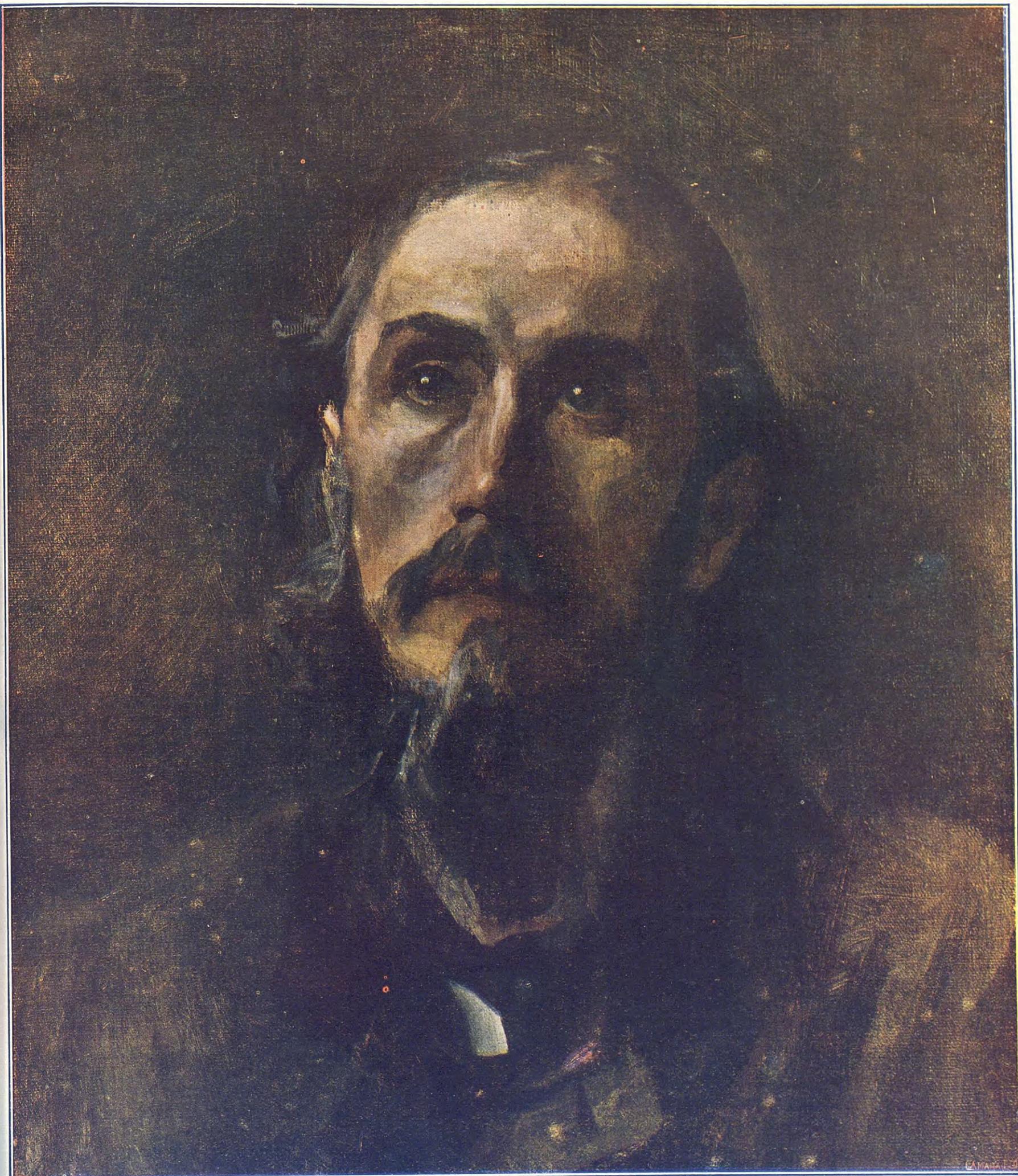


# La Esfera

28 Julio 1917

Año IV.—Núm. 187

ILUSTRACION MUNDIAL



MISTICISMO, cuadro de César Fernández Ardavin

DE LA VIDA  
QUE PASA

# EL ORO

HE aquí una deidad vivificada por la terrible taumaturgia de la guerra, á expensas de otras deidades espirituales, casi á punto de fenecer. El oro, el oro milenario que, á semejanza del Angel bueno y el malo, disputa el papel de instigador de las acciones de los hombres á la conciencia y al sentimiento, surge á la superficie, apetitoso, á pesar de todas las escorias, en este inmenso crisol donde bulle una civilización íntegra.

Ya no necesitamos suponerle en su primaria forma civilizada—los lingotes—, hacinado en los sótanos de los Bancos; ya no es preciso detenerse á mirarle tras las vidrieras de los cambistas, ni se nos ocurre embromar, un poquito envidiosamente, al amigo que ha puesto una pelucona, un doblón de á cuatro ó un centén—según su volumen y su peculio—colgando del seno de su cadena de reloj; ya no hay que hablar con melancolía cuando se recibe un billete mugriento ó medio kilo de plata y calderilla de los países en donde el oro se mezcla á la vida pública, y pasa de ricos á pobres sin perder en el tráfago cotidiado cantidad apreciable de su materia preciosísima. Ya no es en España el oro un mito ó una muestra; no necesitamos siquiera para sentir su acción el esfuerzo subconsciente de transmutar las monedas de metales modestos, los títulos, los números, las cotizaciones; Marte lo ha desposeído de su existencia metafísica para darle vida real; pero la deidad oro, como todas, ha perdido un poco de su virtud, de su valor, al ponerse demasiado á nuestro alcance.

Algún recóndito anhelo de belleza, unido á causas que especifican sesudos economistas, debió avalorar el metal-rey en la prehistoria. Amarillo de sol, y á veces rojizo, acaso de la sangre vertida en su holocausto, atrae el oro con algo imperativo; á su lado, la plata lunar y el platino mismo parecen metales enfermos.

Así como en torno á los volcanes la tierra es más fértil, más pródiga, el oro afluye á los pocos países que se resisten en difícil paz junto á las laderas del cráter... Uno y otro día leemos noticias de la llegada de remesas de oro. No sólo el español ha salido ya de las penumbrosas arcas de Harpagon y

Sylock, sino que el soberbio gallo de Galia, las libras y el oro americano que, después de haber sido acaparado durante años y años de paz por las Bancas de Europa, volvió en sólo dos de guerra á su país de origen; son venas caudalosas que realizan constante trasfusión en la vida monetaria española. Los entendidos, dicen con incomprensible seriedad: «Tenemos ya más oro del que... necesitamos». Y ello debe ser cierto. ¿Dónde están los premios de antaño? ¿Qué joyero se afanará hoy por hallar águilas del indio—tan buenas para fundir por su peso y la

facilidad de alearlas con cobre—cuando á la par se las ofrecen á docenas? En algunas provincias del Norte se pagan ya los salarios en oro. La plétora es tal, que el oro baja..., y cuando este hecho raro sucede, es que el esfuerzo humano, la vida humana, ascienden—siquiera un poco en la valoración. Menos mal.

Días atrás, de regreso de América, vi cómo, próximos á llegar á puerto, recogían los repatriados los ahorros entregados en depósito... Casi todo era oro, oro reluciente, oro muy limpio, oro que había sido amasado con zozobras

y acariciado con idolatría. Había muchos miles, más de 600.000 duros, en paquetes de todas formas, en cantidades tan irregularmente repartidas, que otra vez hubo de pensar que ningún sitio da en síntesis la imagen de la injusticia humana como un navío, donde sólo medio metro de espacio, un tabique, separan el esplendor de la miseria. De los inmigrantes, uno atrajo mi interés por su color cenéreo, por cierta contradicción entre su espalda combada de fatigas y su cabeza alta de tesón; era de los más pobres. Envueltas en papel de periódicos traía siete monedas de á veinte dollars... Poco después de desembarcar volví á verlo en una casa de cambio injerta en relojería; sus manos temblaban de ira, y aun cuando no nos habíamos hablado en el buque, me acogió cual si fuera su amigo:

—Pero, ¿ve usted? ¿Pues no me dicen en todas partes que me descontarán el medio por ciento, en vez de darme más? ¿Descontar al oro? ¡Al oro!

Y cuando después de explicarle someramente causas financieras que no entendió, y de decirle que, independiente de su papel de valor nacional, tiene el oro valor mercantil, valor metálico, y la merma de necesidad causada por la abundancia traía aparejada la depreciación como en otro artículo cualquiera, tiró de súbito los áureos sobre el mostrador, y mirándome dulcemente, tristemente, murmuró:

—Cuando usted lo dice, será así... Ya debía yo habérmelo figurao... Pa que yo haya podido apañarlas sólo con unos meses de trabajo, es que tenía que valer menos.

A. HERNÁNDEZ CATÁ



## ¡MADRE LATINA!

*¡Oh, Madre Latina! Besos como rosas  
fragantes de Francia, tus hijos te dan...  
Y por ti las razas vierten generosas  
su sangre, tu sangre, la del viejo Pan.  
Es este el momento de los sacrificios;  
¡Madre sacrosanta, llena de esplendor!  
Es este el momento de los nacimientos,  
de la primavera, del amor en flor.  
Mira cómo Francia canta nuevamente  
la canción de cuna que te oyó cantar;  
y en sus armas pone la gloria esplendente  
que el primer Francisco logró en tierra y mar.  
Oye cómo Italia, la Italia divina,  
rima con su espada tu verso de luz;  
ve cómo su sangre da á la nieve alpina  
lo que á los cristianos dió Cristo en la cruz.  
Bélgica gloriosa, flor roja del huerto,  
donde ayer abejas de oro hicieron miel,  
ya por ti dió todo... Y su rey Alberto  
llora tras del huerto lágrimas de hiel.  
Y ese jardín verde, todo sentimiento,  
á quien, ¡Madre santa!, llamas Portugal,  
ya ves cómo entrega su ser y su aliento  
por ti, á merecerse su vida inmortal.*

*España, tu amada, tu hija preferida,  
vieja y achacosa, no puede acudir.  
¡Luchó tanto, tanto! ¡A tantos dió vida!,  
que hoy está sin fuerzas para combatir.  
Mas ellos, tus nietos, los hombres de veras,  
los que aman tu vientre, fecundo crisol  
de pueblos gloriosos, mil vidas enteras  
te dieran: sus glorias, sus flores, su sol...  
Desde lejos surgen también voces santas;  
de América llegan gritos de adhesión...  
Son más hijos, Madre, puestos á tus plantas,  
con el gran tesoro de su corazón.  
¡Oh, Madre Latina! Millones de brazos,  
milones de vidas saben mantener  
tu imperio en el mundo, con los cañonazos;  
tu amor en las almas, con tu propio ser...  
¡Bendícenos, Madre, desde las gloriosas  
estancias que habitas con el viejo Pan!  
Que mientras pelean, besos como rosas  
fragantes de Francia, tus hijos te dan...*

Ezequiel ENDÉRIZ

DIBUJO DE GÜELL

ARTE DECORATIVO  
**LAS PINTURAS DEL ODEÓN**

UNA de las varias positivas bellezas que posee el Odeón, ese nuevo teatro madrileño que avanza como un enorme navío a la entrada de la calle Atocha, son las pinturas de Demetrio Montseserín.

Ellas autorizan algunos comentarios acerca del notable artista.

Demetrio Montseserín es bien conocido de los lectores de LA ESFERA, porque en varias ocasiones hemos publicado cuadros y dibujos suyos, animados, tanto unos como otros, del singular encanto característico de su arte, donde colaboran la eufonía de la línea y la brillantez del colorido.

Demetrio Montseserín se dió á conocer en una simpática revista que se publicaba en Madrid por los años de 1899 á 1903, titulada *Gente conocida*.

Era una revista aristocrática, y tenía como colaboradores literarios á las primeras firmas de nuestra intelectualidad. Como redactores artísticos sólo Ricardo Marín, el mago de la pluma, y Demetrio Montseserín.

Inconfundibles é inolvidables aquellas graciosas y rítmicas composiciones de Montseserín, que podían servir á las damas madrileñas de entonces de norma de elegancias, como los figurines de Yrive, Lepane, Marín y Brissand á las damas cosmopolitas de *avant guerre*, en *La Gaceta del Buen tono*.

Eran siluetas gallardas y atrevidas; figuras femeninas de las primeras comedias benaventianas, tan ingeniosas y mordaces.

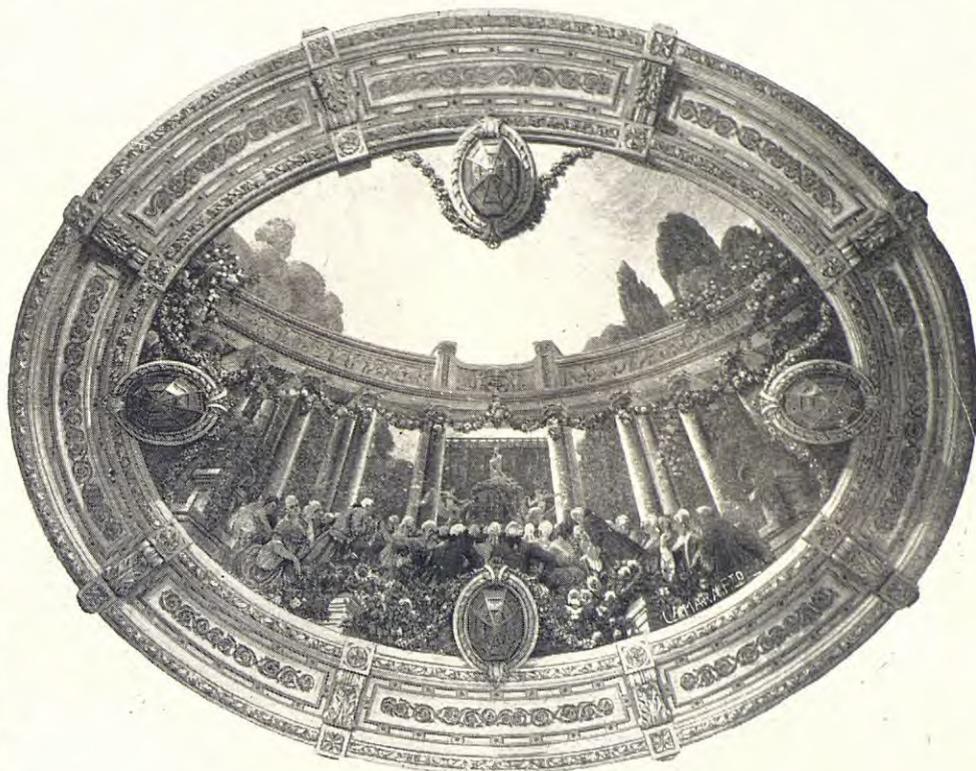
Luego, la firma de Montseserín empezó á asomarse, al pie de sus dibujos, siempre personalísimos, en *Nuevo Mundo*, en *Blanco y Negro*, en *la Ilustración Española y Americana*. Incluso en *Vida Galante*, aquella malograda revista tan espiritual que nada tiene que ver con la zafia y grosera plebez de ciertos periodicuchos imitadores de ella, publicó Montseserín siluetas muy bellas de mujeres elegantes, con sus ambientes refinados y exquisitos.

Después, la labor de Demetrio Montseserín parece ocultarse un poco á los ojos del público. Son los años de París y de otras grandes capitales europeas. El artista amplía sus conocimientos estéticos, aumenta su cultura, perfecciona su técnica. Acomete, además, mayores empresas que la, en apariencia, frívola de las ilustraciones periodísticas.

Se revela como pintor inspirado y experto en sabios cromatismos. No pasan en balde para él sus años de alejamiento de España y de convivencia con los grandes artistas europeos.

Actualmente Demetrio Montseserín se encuentra capacitado para acometer la magna empresa de la decoración.

Nuestro siglo, ya lo hemos dicho en varias ocasiones, es el que habrá de señalar la preponderancia exclusiva de las artes decorativas. La pintura se libertará de la vulgaridad realista para alcanzar cumbres donde la imaginación y el



Reproducción de las pinturas decorativas del techo del Odeón



DEMETRIO MONTSESERÍN  
 Notable pintor, autor de las pinturas del Odeón



Reproducción del telón de boca del Odeón, pintado por Montseserín

idealismo respiren á su placer.

Comprendiéndolo así, Demetrio Montseserín no ha vacilado mucho tiempo en elegir su sendero de belleza. No es el cuadro propiamente tal, no es el retrato, no es el paisaje lo que inquietan su temperamento de artista, sino la pintura decorativa, que lo mismo puede manifestarse en los límites reducidos, pero propicios, de la ilustración editorial, que en las grandes superficies murales. Y en estos dos aspectos va desarrollando sus iniciativas, su competencia y su buen gusto, Montseserín.

ooo

El joven y notable artista ha pintado el techo y el telón del Odeón.

Hubo un tiempo en que los pintores españoles producían preferentemente obras de este género. Los antiguos palacios nobiliarios, los templos y teatros de Madrid de la segunda mitad del siglo XIX, eran entregados á la rica fantasía y el grato colorido de los Plasencia, los Domínguez, los

Ferrant, los Salas. Es el período de las alegorías y símbolos paganos; de las actitudes aligeras de ninfas y amorcillos en cerúleos fondos; de las fiestas helénicas ó versallescas, que prolongaban los castizos goyismos de majas y peimetres en los ambientes populares de orillas del Manzanares.

Las dos pinturas de Demetrio Montseserín, antes que recordarnos las de los modernos decoradores franceses como Bernard, Denis ó Martín; de los alemanes Stuck, Putz ó Erler; del italiano Sartorio ó del inglés Brangwyn, recuerdan las de estos maestros españoles que acabamos de citar.

Continúa, pues, la tradición patria, y ello es laudable, sobre todo cuando moderniza de acuerdo con la época, la tendencia, dándole mayor importancia al color y estilizando las líneas.

En el techo ha desarrollado Demetrio Montseserín una escena del siglo XVIII. En un parque, dentro del recinto que forma una columnata circular enaguinaldada de flores naturales, se celebra una fiesta «muy Versailles» ó «muy Trianon», como ahora se dice. Una concurrencia de caballeros de casacón y peluca blanca, de damas con

sus peinados arquitectónicos y sus *paniers* graciosos, donde parecen los brazos desnudos cisnes que nadaran en las ondas de seda y encajes, presencian los bailes de unas danzarinas en el escenario improvisado. Por encima del entablamento que corona la columnata, y á lo largo del cual corre un friso clásico, las siluetas de los árboles se asoman para dar una línea asimétrica á la masa azul del cielo. Es un conjunto agradable y armonioso.

En el telón ha desarrollado Montseserín una escena bien distinta aunque siempre dentro del concepto alegre que debe tener una composición de este género. Satisfecho puede estar el Sr. Montseserín del resultado obtenido, que le ha valido un éxito justo.

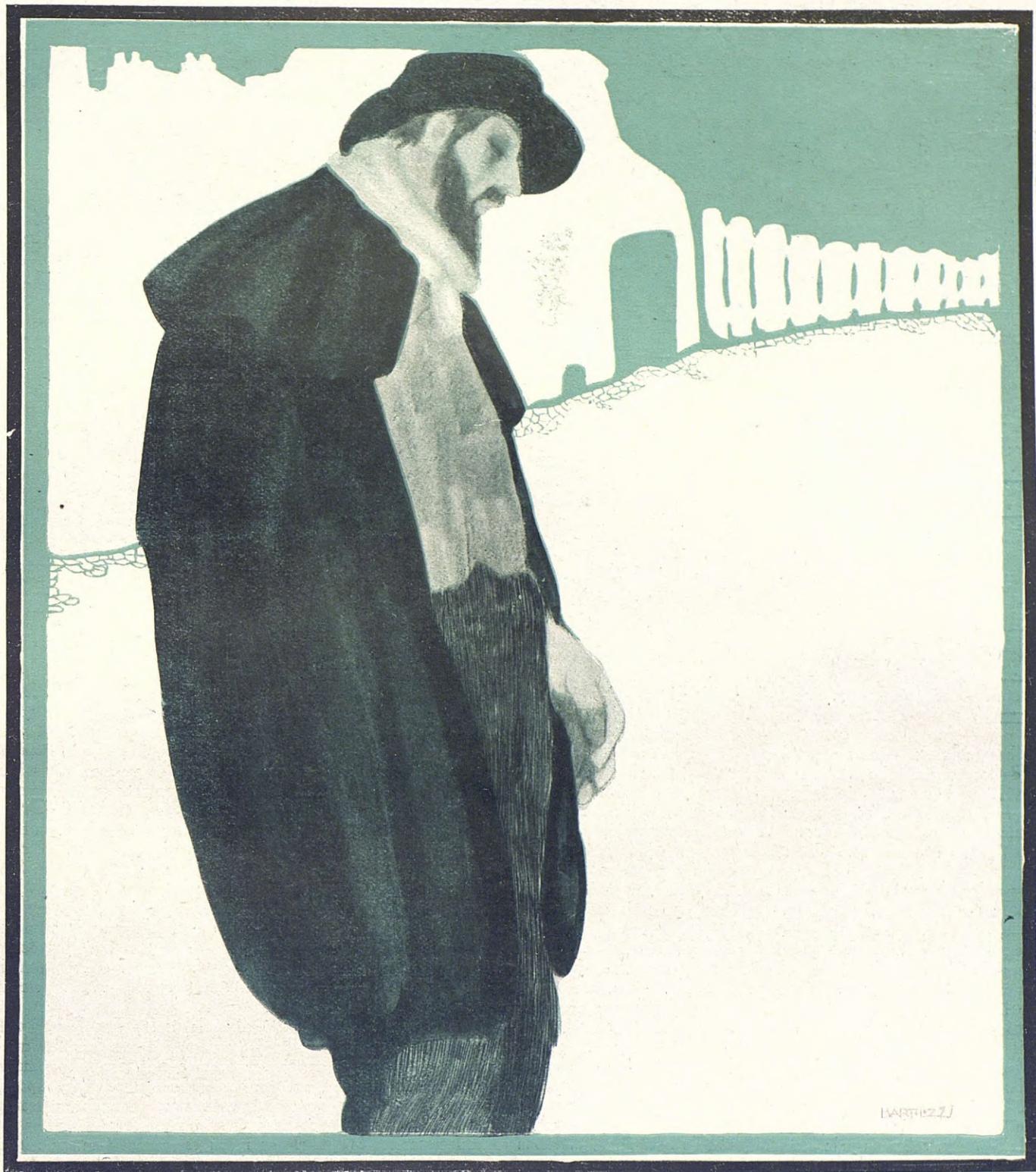
LA ESPERA

# ARTE MODERNO



PAISAJE DE LLERANZANO EN LAS CERCANÍAS DE ROMA, cuadro de Andrés Cuervo

LA CANCIÓN DEL VENCIDO



Tengo el alma lacerada  
y el corazón dolorido;  
me han herido,  
como hieren los cobardes,  
desde el fondo de las sombras y con mano despiadada.

En las lides, noble y rudo,  
manejaba limpio acero;  
«Caballero  
sin pesares» era el mote escrito en oro  
sobre el campo de mi escudo.

Parodiando á Don Quijote,  
por la faz de la ancha tierra  
son de guerra  
fui cantando bajo el temple de mi espada  
y al amparo de mi mote.

«Caballero sin pesares»  
me decían por el mundo;  
sin segundo

me llamaban, por mis hechos esforzados,  
los gentiles trovadores en la voz de sus cantares.

Yo vencía; en mi camino  
daban sombra los laureles;  
los lebreles  
aulladores de la envidia hicieron presa  
sin piedad en mi destino.

Como el héroe castellano  
fui valiente y generoso;  
valeroso  
y compasivo, por las sendas de aventura,  
fui mi acero toledano.

Castigué la ruin vileza,  
vengador fui del agravio,  
y en mi labio  
siempre viéron, los vencidos por mi espada,  
claro gesto de hidalguía, de perdón y de grandeza.

Mal obré; de aquellos mismos  
que gozaron mis favores,

sinsabores  
hoy escucho que les dicta la conciencia  
de sus torpes egoísmos.

Sanguinosas y voraces  
las perfidias me acosaron  
y engarfiaron  
en mis huesos la ignominia de sus odios,  
cada día más tenaces.

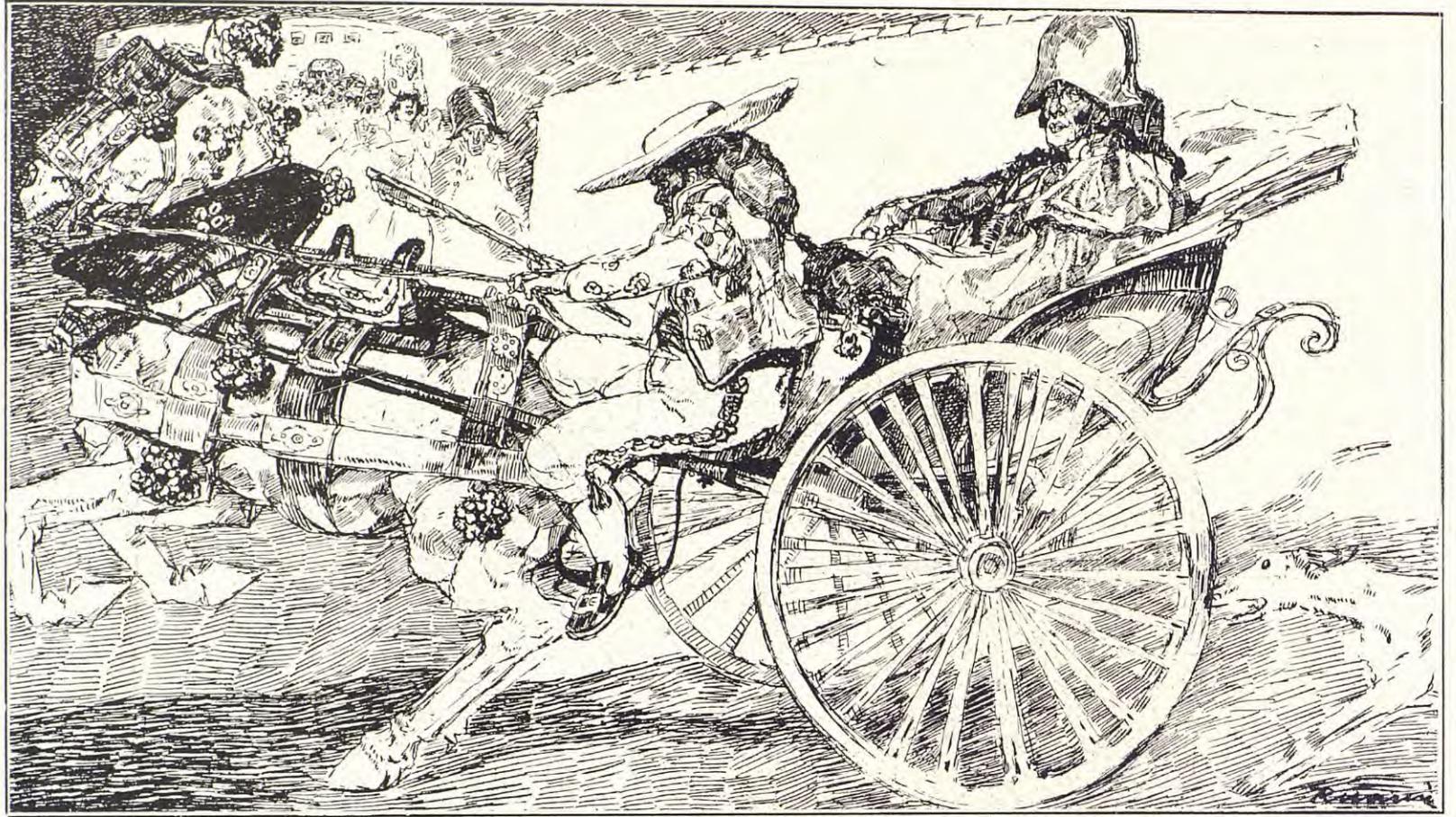
Tengo el alma lacerada  
y el corazón dolorido;  
me han herido,  
como hieren los cobardes,  
desde el fondo de las sombras y con mano despiadada.

«Caballero sin pesares»  
me decían; si hoy me vieran  
me dijeran  
«sin ventura» los gentiles trovadores  
en la voz de sus cantares.

Fernando LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE BARTOLOZZI

## LA CALESA DE "PEPE-HILLO"



UN amigo, curioso de lo viejo, que conoce mi afición al espectáculo del pretérito pintoresco—manera como me irremediable de la ramplona actualidad—me aseguró que en un cocherón de los barrios bajos estaba la calesa en que José Delgado Hillo, llamado en las plazas de toros *Pepe-Hillo*, fué al coso de la Puerta de Alcalá matritense el día en que le mató un toro castellano en el momento de entrar á volapié.

En aquel tiempo, los toreros iban á la plaza en calesa. Los matadores tenían una alquilada, y solía ser linda, y con caballo trotador que pasaba entre las otras innumerables que conducían á los espectadores ricos. Los banderilleros solían llegar á la plaza con sus trajes de calle, poco distintos de los de lidia, y en un apartamento del coso, en un rincón apenas separado por unas tablas, de la curiosidad de público, se ponían los aderezos del oficio.

Acudí al reclamo y llegué al cocherón, donde vi la calesa del cuento. Dos altas ruedas, unas varas largas, un capotón de correa resquebrajada, un estribo de hierro y, sobre un palo embutido en la pared, un collarón lleno de herrumbrosos cascabeles, que ya no sonaban. La alegría que hubo dentro se había desvanecido.

Interrogué al dueño de la discutible antigualla y él me dijo que tenía «la auténtica», esto es, la documentación que demostraba que aquel resto de calesa era lo que quedaba del coche en que fué *Pepe-Hillo* desde su casa á la plaza de toros el día en que falleció. Y que autorizaba estos documentos la firma de *María Salado*, llamada también *María del Popolo*, la esposa del diestro. Vi, oí, medité, recordé viejas lecturas de amator de la fiesta taurina, evoqué mis conversaciones con *Carmina*, el supremo historiador inédito del toreo... y me alejé del cocherón en la duda.

El hombre que conservaba la calesa me dijo: —Usted será representante de una casa inglesa.

Contesté que no, que yo sólo era un curioso, y que no iba á comprar la reliquia, sino á verla. Entonces, el rudo y bárbaro preterito me despidió groseramente.

Y mi amigo, el que me había guiado en la visita, me dijo:

—¿Qué le parece á usted?

Tardé en contestar. Tiempo hacía que yo no visitaba aquellos barrios bajos de la villa y corte, en los que había pasado la infancia, y la reforma urbana que, sin engrandecerlos, los había privado de su bella antigua fisonomía, embargaba mi ánimo. Tristezas infinitas lloraban en mi alma. Un nuevo Madrid surgía donde estuvo el Madrid viejo, y yo me hallaba como extranjero allí donde moré en la infancia. Anduve por calles y avenidas. Vi el monumento al héroe de Cascorro. Recordé aquella madrugada en la que, siendo yo redactor de un diario madrileño, llegó la noticia, por el cable, de la magnífica heroicidad del soldadito que honraba á la villa del Manzanares con su ejemplo maravilloso de guapeza. Recordé, cómo, alejando con una manotada el sueño de mis ojos, redacté aquel cablegrama que se ha convertido en un monumento... Y dedicando una oración sin palabras al soldado de la lata de petróleo, me alejé amargado de un paraje en que las ruinas adoradas habían sido substituidas por vulgarísimo burgués caserío... Y en donde las antiguas casucas que estaban barnizadas de historia, se elevaban construcciones recién acabadas, en las que aparecía el cartel antigramatical que dice: «Gas en cada piso».

Quise apartar de mí el dolor del viejo que echa de menos su tiempo, y por un momento acepté la suposición de que la calesa que había visto fuera la que condujo á *Pepe-Hillo* en aquel día á la plaza de toros, y vi cómo se despedía el sevillano de su esposa, de la brava y lozanísima *María del Popolo*. Ella le besaba, le acariciaba, pasaba sus manos de diosa por el rostro rudo del amado, y él sonreía, prometiendo volver sano. *María del Popolo* gemía. *Pepe-Hillo* continuaba sonriendo. Pero el torero se acordaba de que iba á lidiar con toros castellanos, los que él y su maestro *Costillares* habían desechado porque iban á los cosos resabiados en capeas lugareñas y hartos de buscar entre los pliegues del capote la carne del torero.

Y *Pepe-Hillo* subió en la calesa en compañía del chulo que llevaba en un lío el estoque, las capas y la mula. Y el carricoche partió entre las bendiciones de los pobres, que cada mañana recibían de la mujer del espada limosnas sin cuento.

La calesa iba á retornar vacía. Y *María del*

*Popolo* no era sólo la viuda del héroe popular, sino la viuda de la fama. Ya no iría su nombre resonando entre la tosca música de las rimas populares, ni en las seguidillas del Campillo de Gijilimón se mezclaría el aplauso á las faenas del diestro con los encomios de la belleza de su compañera. Las duquesas que solicitaban el amor de *Pepe-Hillo* no tendrían ya envidia de la moza guapa que peinaba la coleta del vencedor, perfumándola con besos de pasión santa. Sólo inspiraría lástima la hembra sin varón. Un toro castellano había roto el cuerpo atlético del torero de Sanlúcar la Mayor. Y la bestia se llevó, en la postrer arrancada, el alma intrépida del valiente.

Todo esto pasó por mi mente en rápido desfile. Y como mi guía volviera á interrogarme, yo le dije:

—No sé si la calesa que hemos visto es la que llevó á *Delgado* al sacrificio. Lo que sí sé es que ese cochecillo primitivo é incómodo representa un período de la Historia española. Los grandes señores marchaban en sus carrozas con sopandas, y la plebe inventó la calesa para mostrarse en móvil escarapate á la curiosidad de los otros. La calesa es una forma de la hipérbole hispana. No se ha ideado manera mejor de que la belleza se destaque sobre las multitudes. Hay en ese carruaje algo del carro romano, algo del *corricolo* de Nápoles, no poco de la litera señorial y mucho del altar. Bandas de seda, flores policromas, ojos que brillan, bustos que llenan el movable camarín, pies calzados por chapines de raso blanco ó rojo que asoman sobre el estribo, la hermosura radiante y provocadora, la alegría desafiando al mundo, la mujer señoreándose de todo un pueblo...

Allá queda la calesa de *Pepe-Hillo* en el cocherón de los barrios bajos. Acaso un inglés ó un yanqui, de los que compran todo lo viejo, si estudiar la verosimilitud del origen, se lleve el mueble á su museo. Y, dentro de cien años, un erudito hispano tendrá que hacer un viaje de cinco mil millas en un transatlántico para ver el carricoche en que por última vez respiró alegre el torero de Sanlúcar la Mayor.

J. ORTEGA MUNILLA

DIBUJO DE MARÍN

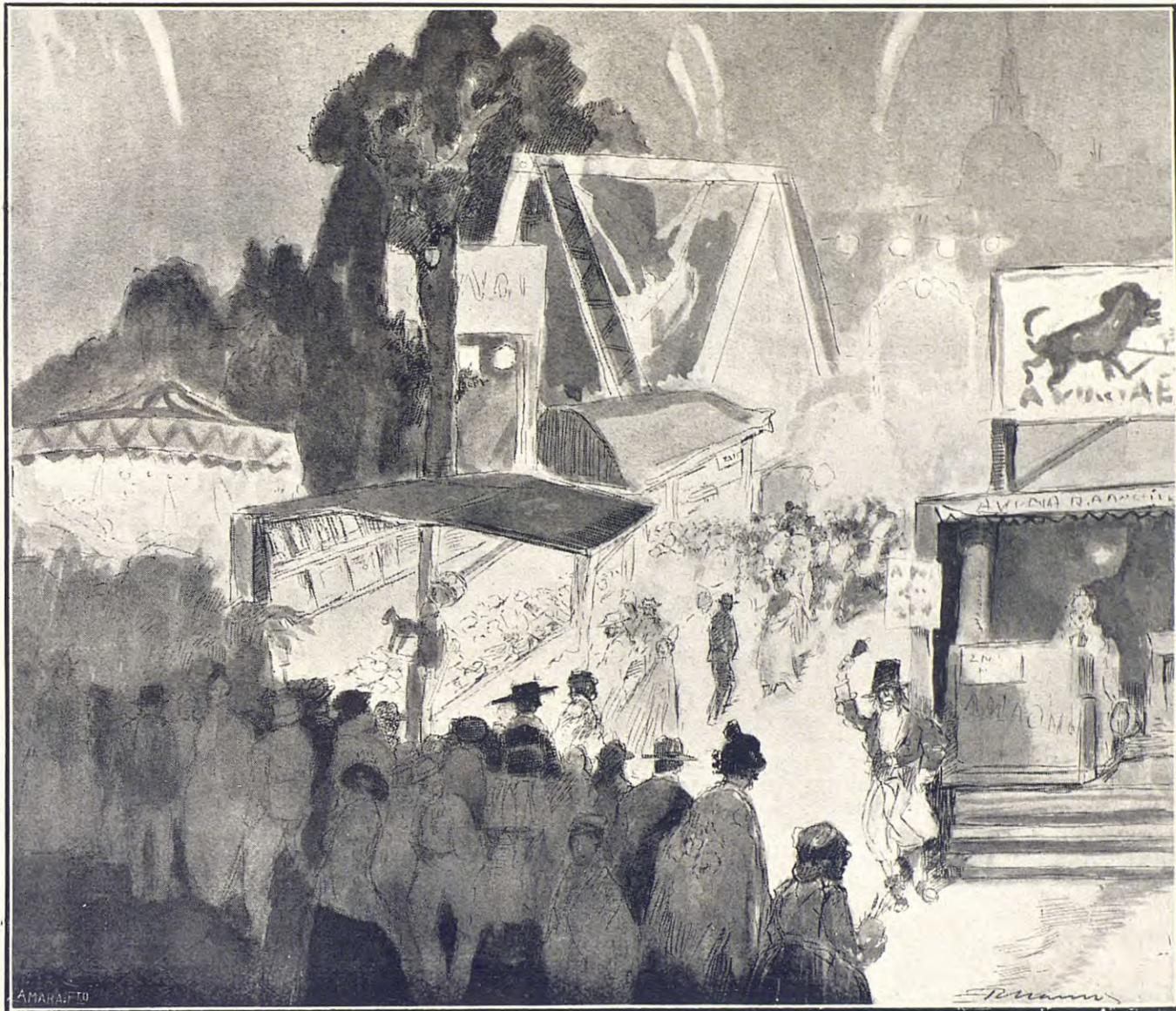
# NOCHE DE VERBENA

PARA el filósofo adusto y grave, enemigo del bullicio, una noche de verbena es una noche más que la multitud pierde en inútil alborozo, feliz y aturdida. Pero para el filósofo complaciente, irónico y bondadoso, es una ráfaga de alegría que pasa y sirve para que los que sufran olviden, entre carcajadas, sus dolores; y para que los que padecen hambre y sed de justicia y de alegría, mitiguen y satisfagan sus ansias con un poquito de júbilo risueño y popular. Y si se pierde entre la multitud y con la muchedumbre discurre y anda, poco á poco irá percibiendo el perfume de algo infantil y primitivo que le hará feliz por un momento, alejando de

mósfera luminosa y jovial. Y, mientras andaba, iba recordando el filósofo episodios de su juventud distante, perdida y lejana, como aquellas ideas que nos acariciaron una vez y luego desaparecieron para no volver nunca. Entonces no era todavía filósofo. No conocía más libros que los que perezosamente estudiaba en las vísperas de una odiosa Licenciatura. Amores, sí. Había disfrutado del inefable encanto de aquellos amores juveniles é ilusorios llenos de fe, de entusiasmo, optimistas, como es todo á los veinte años, esa edad en que la misma lucha por la existencia es algo alentador y fuerte, y en que el mismo pensamiento de la desgracia es algo poético que

día siguiente será el luchar, el agitarse otra vez; el inquietarnos de nuevo ante los duros problemas que plantea la vida. Pero aquella noche ha sido de fiesta, ha sido noche de olvido, ha sido noche de paz en la guerra, de alegría en la angustia, de tregua en la contienda, de calma en el espíritu dolorido...

Y nuevamente, con la lentitud de antes, emprende el regreso el filósofo andariego y trasnochador. Hombre de otros tiempos en que la noche era la natural amiga de los pensadores y los estudiosos, halla en su majestad y en su silencio algo propicio para sus sueños. Más de una vez, cuando él tenía esposa—una mujercita diminuta,



su corazón las tristezas y sinsabores propios de una inteligencia siempre solitaria y despierta...

Y será entonces cuando querrá hallar una explicación de sus nociones de psicología colectiva, al percibir los latidos de aquel todo estridente y ruidoso, que, animado de una sola y única alma, grita, vocifera, ríe...

¡La risa del pueblo! Nada hay comparable á la alegría de la multitud, no siendo su cólera. Que en esos estados opuestos es donde se confunden los extremos, lo mismo que en la vida de cada uno, el dolor y el regocijo se unen en aquel infinito de nuestra conciencia, amplia y grande, como Dios...

□□□

Ya tenemos al filósofo en la verbena. Salió de su casa con lento é inseguro paso. Y, después de mirar al cielo para persuadirse de que no había nubes hostiles y enemigas, echó calle abajo, lentamente, pausadamente... La noche, cálida y estrellada, envolvía al mundo—á ese mundo circunscrito y limitado de la ciudad—en una at-

mosfera luminosa y jovial... ¡Pobre filósofo!... Recordaba también los primeros versos, las primeras estrofas dedicadas á la novia buena y pálida. Y recordaba también otras noches como aquella: noches de verbena y de fiesta, noches ungidas por el amor y la poesía, en que la vida era un jardín por el que paseaban las almas alumbradas por una luna nupcial; noches asociadas al recuerdo de algo que pasó, de algo que le hace ver en sus horas de nostalgia, soledad y meditación, que todo es breve y sólo es grande la muerte. Porque estas cosas que leyó mil veces, sin hacer caso, desde Salomón á Schopenhauer, tienen una siniestra realidad ante aquella propia filosofía que engendraron los años y á costa de los mil y uno silogismos de los íntimos desengaños, fueron adquiriendo terrible consistencia ideológica en el pensamiento atormentado y herido...

□□□

Mientras la noche avanza, los gritos, los rumores, los cantos, las músicas, se apagan. Deciendo la hora del silencio sobre todos los nacidos. Al

delicada é irascible—libró verdaderos duelos con su compañera por aquellas costumbres de antaño. Pero él, implacable, seguía aferrado á su hábito. Y fué por hábito por lo que aquella noche salió á perderse entre la muchedumbre ruidosa...

Ya en su domicilio, abrió el balcón de su estudio, después de acariciar al apacible gato que dormía en la cama, dueño y señor de aquel hogar sin mujer. Echado de pechos sobre el hierro, meditaba y meditaba. Y cuando con sus meditaciones llegaba á la conclusión de que su vida, toda su vida, había sido un deplorable fracaso, y las negras ideas de la melancolía le asaltaban, vió á lo lejos los cohetes de la verbena rasgar las sombras. Y lo tuvo como un símbolo y una advertencia. Había que hacer lo mismo: rasgar las sombras de la tristeza, del abatimiento y del dolor con la luz de la fe, del amor y de la alegría...

JUAN LOPEZ NUÑEZ

DIBUJO DE MARÍN

## EXTRAVAGANCIAS Y MODAS



El traje representa la psicología de una época. Nuestras americanas y nuestros hongos dicen la más uniforme ramplonería.

En el siglo del Rey poeta los chapeos tenían haldas enormes y rizados plumones; los mostachos eran izados á la borgoñesa; la valona, la capa y la ropilla eran el arte, la aventura, la galantería, los duelos en las encrucijadas solitarias.

En el siglo XVIII trocó todo el indumento gallardo, á la española, por el amaneramiento francés afeminado, pintado y pulido de la corte del Rey Sol. Vino la casaca pedantesca, el sombrero de tres candiles y las corbatas de encajes y muselinas con múltiples vueltas y flotantes caídas. A la noble espada toledana sustituyó el espadín ligero como un juguete, y el calzón ajustado á los gregüescos.

Los publicistas á la antigua tronaban contra semejantes innovaciones, y merecen ser leídas las sátiras de D. Diego Torres y otros contra los que vestían sin capa, que se llamaba á lo militar.

Comenzaba el suplicio para un hombre del siglo XVIII, á *prima* mañana, cuando venía el barbero—porque nadie se afeitaba solo—; y las covachas de estos menestrales se hallaban de tan menguada guisa, que fué preciso publicar una pragmática mandándoles poner una vidriera, pues sólo se conformaban los figaros con unas cortinas de percal que, descorridas, eran lo mismo que afeitar á los parroquianos en medio del arroyo, y, corridas, dejaban á obscuras la tienda.

Después venía el peluquero á peinar, untar, embuciar y empolvar la cabeza, adobando la enojosa operación con una charla gárrula que, así como el tañer el acordeón, ha quedado como herencia para los figaros de ahora. Después de una hora comenzaba la tarea de ajustarse todas las hebillas, corchetes, cintas y botoñes.

En las fiestas solemnes los pobres barberos veíanse negros para poder servir á toda su clientela, que deseaba salir temprano para oír misa, visitar á sus amigos y oír felicitaciones.

Todas las sillas de manos estaban ocupadas, y era lo mismo, porque á los barberos les estaba prohibido hacer uso de ellas, por miedo de que las manchasen con sus jabones y cosméticos.

Así, tampoco tenía nadie derecho á quejarse por haber sido manchado en la Iglesia del Buen Suceso, en la misa de dos, porque se consideraba propia de tan parlanchines menestrales á la hora en que terminaban su tarea.

Cuando se comía en confianza se resguardaban los puños de la camisa, que solían ser de encajes finísimos, con unos embudos de cartón. No requería menos esmero la conservación del peinado, ni era suficiente caminar descubierto, con el sombrero en la mano. «Yo he presenciado—dice un autor de la época—el espectáculo de ver dormir al famoso Jovellanos con la nariz pegada á la almohada, pero tocándola sólo con la frente para no despeinar los rizos.»

De noche, los que tenían que salir, se soltaban el peto en redecilla; pero salir así era muy

mal mirado entre los nobles, y sólo se atrevían á tal desmán los manolos.

A la hora de acostarse era preciso deshacer aquel promontorio de bucles y envolver la cabeza en un áspero gorro de dormir, no sin antes dar cuerda á los relojes, que eran dos, con dos cajas cada uno. En aquella época se tenía la costumbre de llevar las cosas á pares: dos eran los pañuelos, dos las tabaqueras, una de cigarros y otra de rapé oloroso.

De repente, un día, Carlos IV se mostró al pueblo rapado y así mismo el valido Godoy. Esto indignó mucho á la gente, y muchos se juramentaron para conservar sus coletas. Y así, aún se vieron regimientos con peinado de bucles en la guerra de la Independencia, y muchos generales la conservaron toda su vida, como el famoso Eguía, á quien por esto le aplicaron los ingeniosos de la época, con bastante fortuna, el sobrenombre de *coletilla*.

Traían muchos lunares, pinturas, cosméticos, pomposos guardainfantes y briceles; las cotillas emballenadas, en las que hacían un agujero para amamantar á los niños, que estrellaban su carita contra la dura armazón.

Era el amaneramiento, el artificio, la frivolidad, la falta de natural, y como reacción vino el extremo opuesto: basquiña ceñida de tafetán, con dos guarniciones de terciopelo y blonda ó fleco de pasamanería; mantilla de sarga con



Los mi itares, en la última lista del día, tenían que presentarse con el cabello suelto, la coleta destrenzada, colgando al brazo la cinta, que era del color de la divisa del regimiento.

Por ordenanza, sólo podían tener un bucle á cada lado. La noche anterior á una revista no se dormía en los cuarteles, pues el peluquero de cada compañía no tenía tiempo suficiente de hacer el peinado que mutuamente se trenzaban de dos en dos los soldados, que por eso se llamaban *camaradas de peines*.

El atavío femenino hizo exclamar al poeta festivo Iglesias:

Yo vi en París un peinado,  
de tanta sublimidad,  
que llegó á hacer vecindad  
con el ala de un tejado.

Tal era la profusión de bucles, de lazos, cintas, airones y plumas, que hicieron considerar á Jovellanos que la mujer de entonces era

*«cual nave real en triunfo empavesada.»*

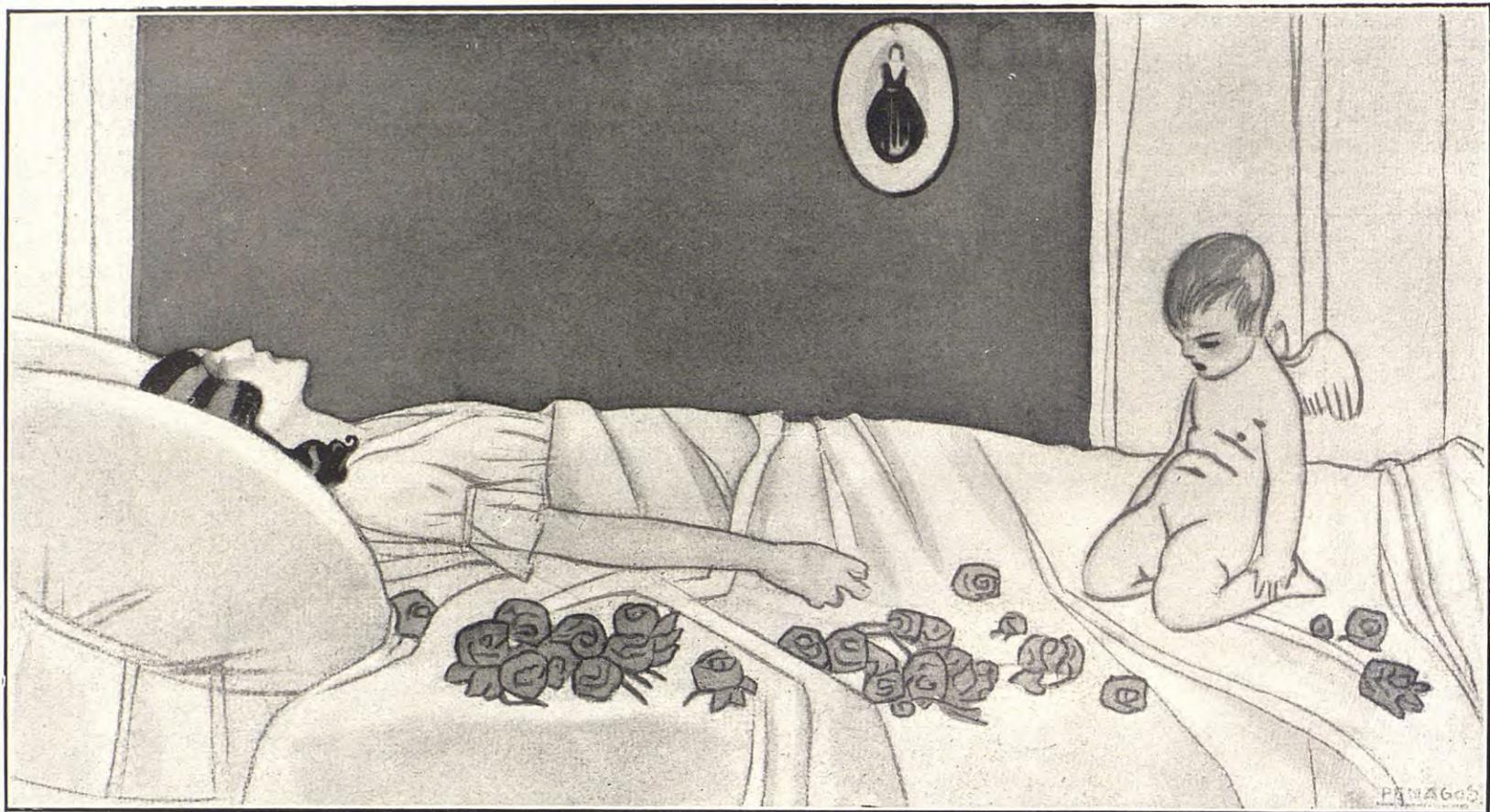
guarnición de terciopelo y una peñeta, es decir, el traje de las manolas, que se convino que eran las que habían tenido siempre razón.

Y así bajaron á los sotos del Manzanares, en estas noches de verbena, la reina María Luisa y la duquesa de Alba, esos dos rostros de diablas cortesanías que luego ha inmortalizado, como ángeles, el pincel mago de D. Francisco de Goya.

E. CARRÉRE

DIBUJOS DE ZAMORA

## CUENTOS ESPAÑOLES



## La maldad del buen amor

ó

## La desventura en la dicha

ELLO fué en una de estas últimas Navidades. Una mañana de Diciembre, clara y luminosa en la que este cielo incomparable de Madrid iluminaba su cúpula de turquesa con el más brillante sol del mediodía. La señorita de C..., nieta de un español insigne cuyo nombre perdurará en la Historia de la renovación española en el segundo cuarto del siglo XIX, habíame honrado solicitando mi compañía y mi concurso para buscar en el viejo cementerio general del Sur los restos de su insigne abuelo, que, habiéndose decretado su traslado al Panteón de Atocha, y reclamándolos, por otra parte, la Diputación provincial de su tierra nativa, habían, sin embargo, sido llevados en montón, y probablemente perdidos, desde el camposanto de San Nicolás, donde se hallaban.

La alegría de una jocunda mañana madrileña mitigaba el triste carácter de nuestra macabra excursión. Pasado el puente de Toledo, al subir por la cuesta de la calle que se llama de la Verdad, los rostros, lejos del aspecto humano, de las gentes que al sol había á la puerta de las miserables casucas, daban la sensación de otro planeta, lugar de castigo, ó de un rincón infernal, que como si en un viaje de ultratumba diésemos en las más horribles residencias del dolor.

Parecía, en verdad, que nos habíamos alejado, no ya de la ciudad, sino de la vida misma. Al penetrar en el recinto del viejo cementerio, cuyos vastos patios guardan en las entrañas de su suelo generaciones enteras que amaron y sufrieron, la desolación de aquellos muros y la vista de la tierra recientemente removida, movían nuestro ánimo á las más amargas reflexiones, que decían con terrible y elocuente lenguaje algo más hondo y eternamente trágico que los versículos del Eclesiastés.

Allí está enterrada la parte más bulliciosa y agitada de la sociedad española en la época más revuelta de su historia. Allí está enterrada gran parte de la Historia de España, en que próceres y pueblo, guerreros y eclesiásticos, hidalgos y aventureros, perseguidores y perseguidos, duermen juntos en la suprema paz.

Habíamos hallado el paradero de los restos de la familia de la abuela de la señorita de C., sin que pareciesen todavía los del preclaro varón que era el motivo principal de nuestro interés. Entonces fué cuando la nieta, al evocar el tierno recuerdo familiar, me refirió la historia, tan llena de serena y dramática emoción, del amor de sus abuelos.

Era don F. C. hombre viudo y ya entrado en años, cuando prendóse de una lindísima señorita de la corte. Era ésta casi una niña todavía, y las dotes singulares de su belleza y su bondad hacíanla muy especialmente amada de los suyos, que en ella se miraban, y la cuidaban como á la más tierna y delicada criatura.

Halagada, además, por la posesión de una considerable fortuna, esta muchacha, hija única, podía considerarse harto feliz, en cuanto es posible dentro de los límites humanos de la felicidad. Los jóvenes más gallardos y ricos la cortejaban, y el amor, generoso también con ella, presentábala los más varios y apetecibles galanes, rendidos todos ante su hermosura y su bondad, para que entre todos pudiera elegir el que había de formar la dicha de su vida.

El señor C..., más enamorado que ninguno, presenciaba con cierta tristeza aquel pugilato amoroso, en el que si bien podía ostentar una fuerza como ningún otro, la de su nombre insigne, y su categoría social de hombre que había sido alcalde de Madrid y ministro de la Go-

bernación, individuo de las más altas Academias y autoridad constante en las Ciencias y en las Letras patrias, en cambio tenía que reconocer en sus rivales la ventaja de que ostentaban sobre él un prestigio tan necesario en tal contienda como el de la más lozana y vigorosa juventud.

Pero medió un suceso imprevisto que vino á favorecer inesperadamente las pretensiones amorosas del sabio y maduro galanteador. Ello fué la intervención del médico de la novia, quien, llamando á capitular á los padres de la muchacha, hubo de hacerles, por mandato de su conciencia, la dolorosa revelación. Llegaba para ella la edad en que había que decidir entre sus pretendientes y casarla. Pero él, como facultativo, estaba en el deber de anunciar lo que ocurría. La joven esposa moriría inevitable y fatalmente al dar á luz á su primer hijo.

No fué sólo la opinión del médico de la casa la que puso este espanto en el alma de los padres, que no sospechaban tan tremenda tribulación. Otros hombres de ciencia fueron consultados, y todos convinieron en el terrible anuncio. Entonces fué cuando comenzaron á ser descartados los pretendientes jóvenes. Los padres de la muchacha pensaron seriamente en que el único esposo posible para su hija era don F. C., siendo él viejo y ella una niña. El señor C. era viudo, y no habiendo tenido sucesión en su primer matrimonio, efectuado en la plenitud de su vida, parecía una garantía para la necesaria tranquilidad de la nueva familia y la prolongación de la existencia de la juvenil esposa.

Era, además, por su talento, su fama y su posición en la sociedad, un partido más que halagüeño para cualquier mujer que atendiese al brillo de su persona. Así pareció á los ojos de todos cuando se supo que la boda había sido

concertada entre el hombre ilustre y anciano y la gentil damita, que era, naturalmente, la primera en ignorar el triste motivo por el cual se la hacía renunciar al dulce consorcio del amor con la juventud.

Celebróse la boda, y la felicidad presidía el reciente hogar. La esposa, alegre, buena, cariñosa, sumisa, era como una luz de ventura que iluminaba los días postreros de la vida del varón esclarecido. Así pasaron unos meses, en una dicha no interrumpida, cuando cierto día la mujer, ruborosa, temblando de emoción, acercóse á su marido para anunciarle que iba á hacerle saber algo extraordinariamente feliz.

—¿Qué es ello?—preguntó el esposo besando en la frente á la mensajera que prometía una buena nueva. Y ella, entre vergonzosa y satisfecha, diciéndole que se alegrara por lo que iba á saber, le comunicó su amable secreto. Un hijo latía en sus entrañas, y aquel hogar aumentaría su encanto con la presencia de un infante.

Todo el talento del marido fué menester para sobreponerse inmediatamente á la sorpresa de la noticia y no dejar traslucir la sensación de horror

que le producía aquel anuncio, que habría causado el alborozo de cualquier otro esposo afortunado. Supo fingir que sonreía, besó nuevamente á su compañera y corrió á casa de los padres de ella para hacerles saber la terrible noticia.

No es necesario encarecer el dolor con que los padres conocieron la novedad y la tremenda situación de ellos y, sobre todo, del marido de la muchacha, que la veían avanzar fatalmente hacia la muerte, sin que hubiese manera de evitarlo que no fuese la preparación de un doble crimen.

Y aquí la desesperación y la angustia del esposo, que adoraba á su mujer y que había de mostrarse ante ella, que ignoraba su cruel sentencia, alegre y encantado por la ventura que le deparaba el cielo, mientras interiormente había de consumirse mirando cómo cada instante que pasaba se le iba escapando de las manos hacia la eternidad aquel amor de sus amores, víctima inocente de un destino caprichoso y cruel.

Y llegó la catástrofe. La señora de C. dió á luz un niño, el que había de ser padre de mi amiga, é inmediatamente murió, porque la ciencia

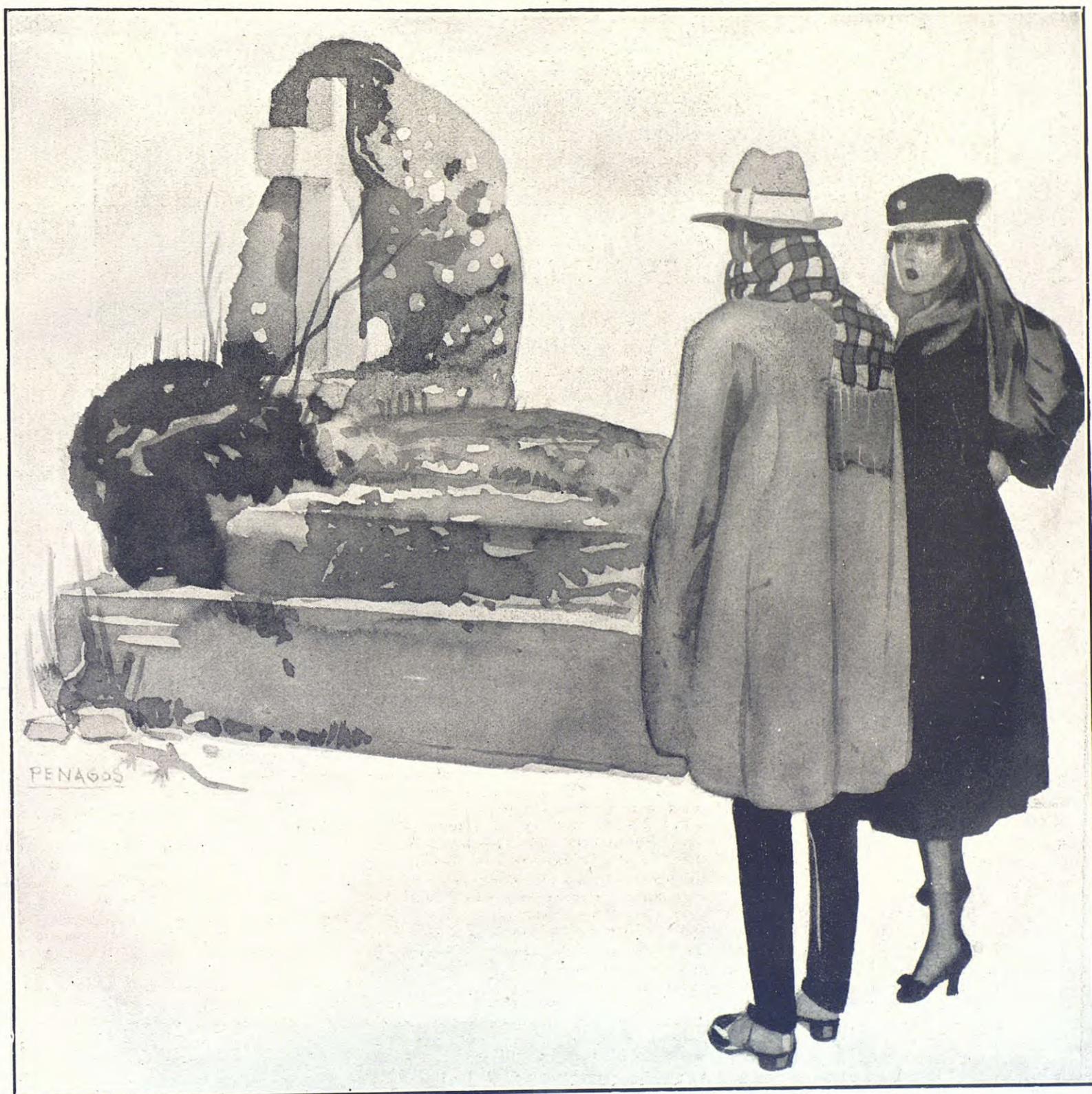
tuvo el ensañamiento de no equivocarse esta vez. He ahí la sencilla y trágica historia de un amor honesto, noble y puro que llevaba dentro el germen de la muerte para la bien amada. He ahí la historia conmovedora y desgarradora del dolor de un hombre que encontraba su propia desventura en la dicha mayor para todos los humanos.

Y esta narración de dolor parecía que tenía mayor fuerza referida en aquel lugar de desolación y de muerte, donde todo acaba y todo ha ido confundiéndose al fin. La mujer tan amada y el hombre que tanto la quería, han vuelto á reunirse, juntando sus cenizas. De tanto amor y de tanto dolor queda lo mismo. Nada.

Y acompañados por la mujer del conserje del composanto, junto á la cual reían y jugaban con algazara, bajo la bendición del sol, unos chiquillos guapotes y contentos, proseguimos nuestra triste y, por cierto, poco afortunada pesquisa.

PEDRO DE RÉPIDE

DIBUJOS DE PENAGOS





## JUNTO AL MAR

La Noche estará en calma. Tú y yo, los dos á so'as  
junto al mar, soñaremos al claror de la Luna,  
y azotando las peñas, nos contarán las olas  
historias de suicidas que amaron sin fortuna.

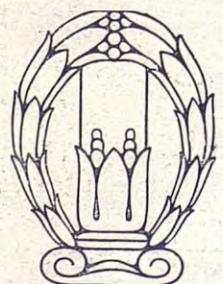
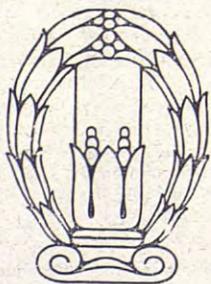
Yo te diré un secreto, y en tus mejillas bellas  
dejarán los rubores una rosa prendida;  
y bajo el pa'io inmenso, tachonado de estrellas,  
florecerán los áureos rosales de la Vida.

Súbito—¡oh, mi Amada!—me dirás: —Ya es la Hora—  
y te erguirás alfiya, como una vengadora.  
La Noche estará en calma. Yo, exclamaré: —Acabemos—.

Y úniendo en un abrazo nuestra ansia irreducible,  
nos lanzaremos juntos al abismo terrible  
y en las aguas profundas del mar nos hundiremos.

Ramón DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE VERDUGO LANDI



## Las casas de los picos

Uno de los monumentos más singulares y típicos de España es esa original *Casa de los picos*, de Segovia, la cual quedó grabada en mi recuerdo con esa gran rudeza con que se graban los monumentos fuertes, barrocos que tienen algo de roca, de piedra, casi sin artificio.

Ahora acabo de encontrar otro edificio de este género en Portugal, en Lisboa: otra vieja casa de los picos (la casa de los bicos), perdida en una de las pintorescas callejuelas de la ciudad antigua, y que parece una demostración más del gran parentesco espiritual que existe entre los dos pueblos de nuestra península.

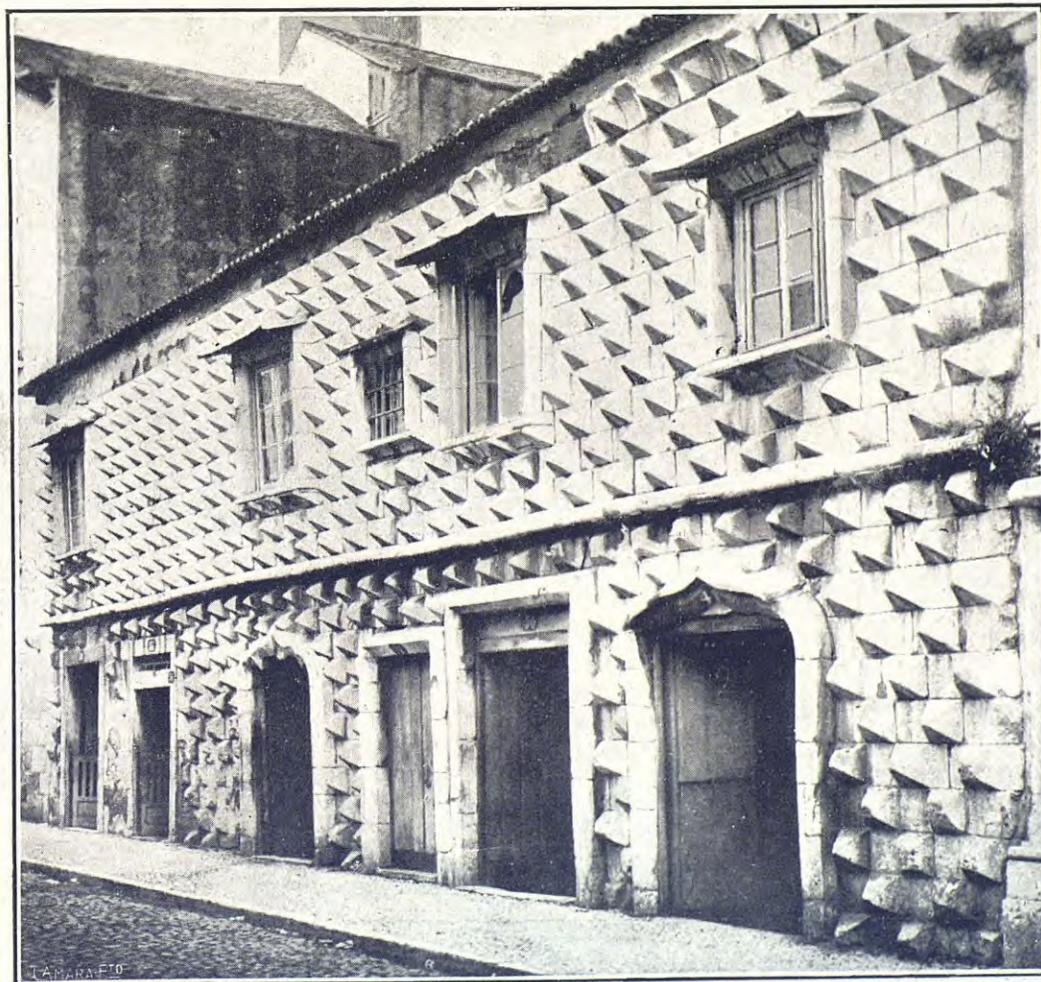
Estas casas de los picos son como casas adustas, de una nobleza puntillosa y altiva, que se defiende así de las gentes. Parecen esos picos como las espinas de piedra de que está armada la casa para conservarse mejor contra la inclemencia de fuera. El exterior de esas casas de los picos oculta un interior muy resguardado que desdeña las cosas de la calle y hiere al que pasa con la ofensiva de sus piedras puntiagudas; esas grandes piedras que labraron cuidadosamente en facetas los picapedreros, como si fuesen lapidarios que labrasen diamantes, y que á través de los siglos, se mantienen afiladas, firmes, conservando esa forma que es extraño sea tan duradera.

Fué una idea original esa de labrar las piedras en punta; da un aspecto á las fachadas que recuerda los riscos de amatistas, á orillas del mar, labradas así por la naturaleza. Deberían acariciar mucho esta idea antes de ponerla en práctica en época tan primitiva, pues esta casa de Segovia data del siglo XIV, aunque la fachada original pertenezca al siglo XVI. Sus dueños debieron sentirse perpetuados para siempre cuando se cobijaron tras los muros de la casa extraordinaria, como si hubiera de defenderlos y hacer eterna su propiedad esa fachada guerrera é imperiosa. Tal vez por eso esta casa de Segovia fué una fortaleza, defensora de una de las puertas de la ciudad y morada de su primer magistrado. Sin embargo, el tiempo ha vulgarizado su destino y no queda nada del esplendor de sus antiguos dueños.

Las casas de los picos hacen un poco de daño á la sensibilidad, pero al mismo tiempo tienen el



La casa de los picos, en Segovia



Casa de los picos, en Lisboa

encanto de lo original. Entre sus numerosos picos, los balcones parecen foscos, como esos ojos que están bajo las cejas hirsutas y como esos rostros que ocultan los bigotes y las barbas fieras. Tienen cierto aire de Nietzches cejijuntos y terribles.

La de Portugal tiene menos picos, están más aclarados y presenta la anomalía de tener más puertas que ventanas. La de Segovia, llena de crespos picos, resume muy bien todo lo que hay en la ciudad de toscó, de fortaleza construída en lo alto de sus peñas, y en la que el granito luce sus aristas y sus codos abruptos por todas partes. Esta casa de Segovia debe ser la más antigua, la que ha nacido del duro ambiente de la ciudad castellana. Esto parece y esto debe ser. Así, la de Lisboa debió ser la casa de un noble portugués que pasó por la corte de Segovia cuando Segovia era tan importante como debía de serlo, porque ninguna ciudad castellana está tan entronizada por la naturaleza como Segovia, ni Madrid, ni el mismo Toledo. En esa época los reyes eran recibidos en esta casa, dond tenían que comprometerse á guardar los privilegios y estatutos de la ciudad.

Esta casa es una de las casas más fuertes, de las casas que son profundamente segovianas; detrás de esa fachada erizada de picos parece conservarse la tradición, en un interior muy español, guardado con fidelidad por su portada, como esas puertas todas llenas de clavos de cabeza puntiaguda, que parece que guardan mejor la casa.

La casa de Portugal es hoy una modesta morada de vecinos; la de Segovia quiso comprarla un millonario inglés para trasladarla entera á Londres, y hoy es propiedad del Obispo de la ciudad. Pero ambas casas debían de ser monumentos nacionales. La de Segovia por su historia, además de su originalidad; la de Portugal por esta rareza suya, por ese respeto que se debe consagrar á las cosas que siendo bellas son ejemplares y únicas.

CARMEN DE BURGOS  
(Colombine)

# ESCENAS DE LA GUERRA



SOLDADOS INGLESES COMPARTIENDO LA VIDA FAMILIAR CON LOS HABITANTES DE LAS LOCALIDADES RECONQUISTADAS EN EL FRENTE OCCIDENTAL

Dibujado por *Latania*

# EL PUERTO DE VALENCIA



Vista general del puerto de Valencia

Como todas las ciudades marítimas, Valencia tiene su alma en el puerto, y al desarrollo del comercio marítimo fía en gran parte su porvenir. Pero Valencia no da de pronto la impresión de ciudad marítima, porque hay aquí dos ciudades bien caracterizadas: una, burguesa, que se levanta lejos del mar, en medio de la huerta, envuelta por el ambiente de este jardín incomparable, y otra, mercantil, situada en los alrededores del muelle, ennegrecida por los aires y las humedades del ambiente marítimo, un poco sucia y un poco polvorienta, como suelen ser estos barrios trabajadores que hacen el transporte en los muelles de todos los puertos del mundo.

Entre la ciudad burguesa y la barriada mercantil se extiende el camino del Grao, ancha carretera de cuatro kilómetros de largo, materialmente llena día y noche por una procesión interminable de carros de transporte, que no dejaba espacio ni para recomponer el camino, y ha hecho precisa la colocación de vías metálicas que faciliten la marcha de los vehículos y resistan el desgaste de sus ruedas.

ooo

El puerto de Valencia tiene fama de ser un puerto de exportación; sabe todo el mundo que aquí se llenan las bodegas de los buques de naranjas y frutas, de cebollas y arroces, de vinos, aceites y almendras, que marchan, mar adelante, en busca de las ciudades populosas y ricas de España, y muy especialmente del extranjero. Londres ó Hamburgo están comercialmente más cerca de Valencia que Madrid ó Bilbao.

Pero la gente suele ignorar en España que el puerto de Valencia es un puerto importador, y que en sus muelles descarga casi tantas mercancías como carga, ó sea que, la ciudad y la huerta consumen tantas mercancías extrañas como venden para fuera.

Y esto no es de ahora, sino de siempre; la exportación y la importación han estado siempre casi niveladas en el puerto de Valencia y han crecido siempre á compás la una de la otra. En lo que va de siglo se ha doblado el movimiento del

puerto, sin alterar por eso la relación de las importaciones y exportaciones.

He aquí una estadística breve y demostrativa:

Años	Exportación	Importación	CABOTAJE		Movimiento total
			Salida	Entrada	
1900	296.179	297.691	112.668	100.487	807.025 toneladas
1907	329.550	323.489	131.254	139.151	1.023.445
1913	687.239	553.600	118.015	199.708	1.508.562

La víspera de la guerra pasaban por el puerto de Valencia millón y medio de toneladas de mercancías, prueba evidente de que Valencia es una de las ciudades españolas que quieren vivir.

ooo

El puerto es ya pequeño para el comercio que realiza; los buques tienen sólo una dársena utilizable y atracan á los muelles de popa; aun así, suelen llenar el puerto en las épocas de gran movimiento. La carga y descarga se hace por medio de barcazas, que ponen las mercancías al costado del buque, y dificultan y encarecen innecesariamente las operaciones.

Valencia necesita muelles más extensos, para que los buques puedan atracar de costado; des-

pués de muchos esfuerzos de todo género, se han comenzado á construir dos nuevas dársenas, que deben estar hechas en media docena de años. Y todo se hace con los recursos propios, porque la subvención del Estado es ridícula por lo insignificante: 250.000 pesetas anuales. Y á pesar de todo, el puerto se hará; aumenta todos los años el movimiento mercantil y llegan ya las primeras toneladas de minerales de la provincia de Teruel; por aquí se inicia un porvenir brillante.

El despertar comercial de la tierra ha incubado otras dos grandes Empresas mercantiles complementarias del puerto: los Doks comerciales y los Astilleros; ambas están en sus comienzos; son una esperanza que empieza á convertirse en realidad. De desear es que no se malogren.

ooo

La huerta de Valencia es larga y estrecha, y se extiende en dirección paralela al mar; hacia el interior, la Naturaleza ha puesto, á pocos kilómetros de la costa, una barrera de montañas que cierran el paso al comercio; pero un gran puerto necesita una extensa zona interior muy ancha y muy profunda que le facilite mercancías y reciba los productos descargados en sus muelles. Valencia tiene un obstáculo natural, y para superarlo y corregir la obra de la Naturaleza, ha soñado con un ferrocarril directo á Madrid que le permita penetrar fácilmente en la meseta. La opinión volverá de nuevo sobre este punto cuando las circunstancias del mundo lo consientan.

Los ferrocarriles de Teruel y de la meseta ensancharán el radio de acción del puerto de Valencia, que podrá aspirar, por su posición, á ser uno de los primeros de la Península.

No se debe olvidar que los barcos que vienen de Oriente y de Suez, y dejan la ruta de Gibraltar, al doblar las costas de Sicilia ponen la quilla mirando recta al puerto de Valencia, pasando por entre las islas Baleares. Ahí hay también un sueño valenciano.



Estación marítima del puerto de Valencia FOTS. GÓMEZ DURÁN

Modesto JIMÉNEZ DE BENTROSA

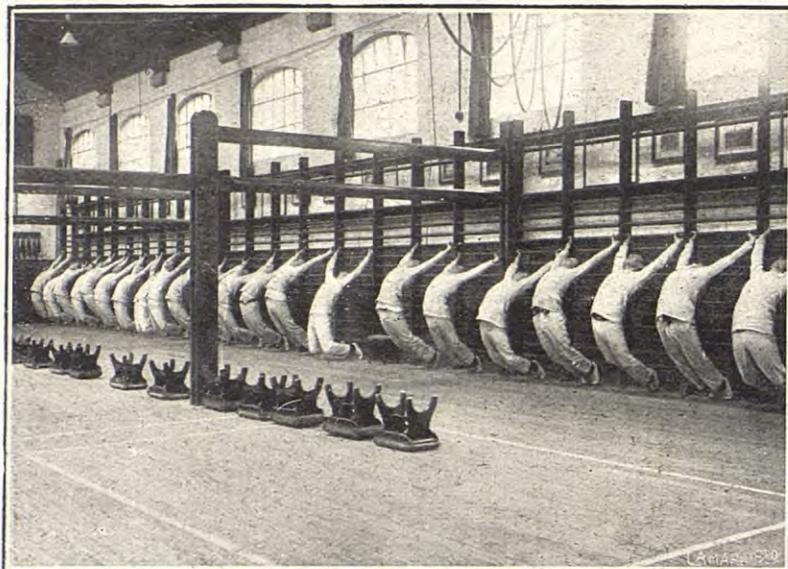
# EL AVANCE INGLÉS



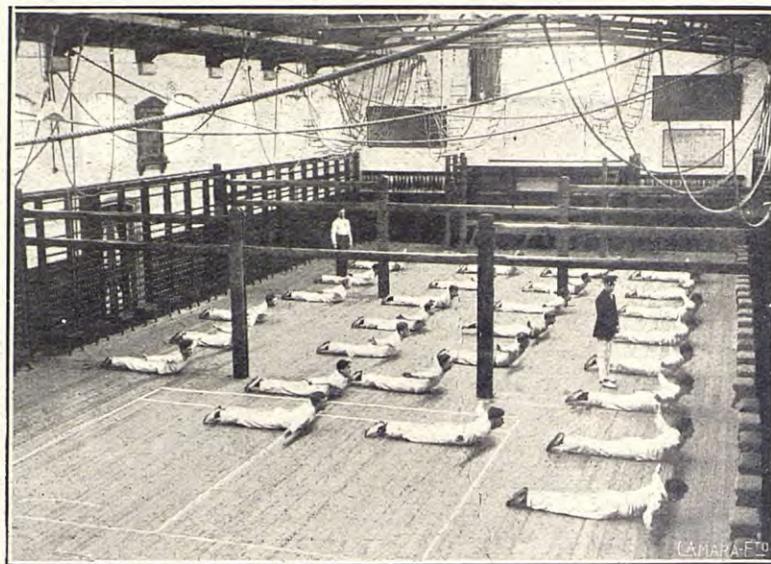
RESTOS DE UN PUESTO DE OBSERVACIÓN ALEMÁN, DESTRUIDO POR LA ARTILLERÍA INGLESA, CERCA DE LOOS  
DIBUJO DE CHARLES WYLLIE

# LOS LOBOS DEL MAR

## EL FRACASO DE UNA PEDAGOGÍA



Alumnos de la Escuela Naval de Dartmouth realizando ejercicios gimnásticos



La clase de gimnasia en la Escuela Naval de Dartmouth (Inglaterra)

**N**O; no era tarea fácil llegar á hacer un buen lobo de mar. Antaño, en los días anteriores á Fulton, cuando sobre los indomables lomos del Océano no cabalgaban más que las urcas veleras y las carabelas hinchadas de soberbia y bravura y los faluchos donde los pescadores se adiestraban desde niños en la titánica lucha con las olas y los vendavales, el mar educaba á los navegantes y á los piratas, á los descubridores de costas nuevas y á los traficantes en esclavos. Era el reino de Satán. Todas las malas pasiones humanas servían de asignaturas únicas en la pedagogía que forjaba los lobos del mar. Sin ambición, sin soberbia, sin codicia, nadie se aventuraba sobre los débiles leños mal claveteados que el viento podía arrastrar á los mares desconocidos, á las costas inexploradas, á las islas misteriosas, donde cantaban las sirenas su himno de muerte. Y si allá, sobre cubierta, anidaba en cada corazón toda la maldad humana, en el sollado, sobre los duros bancos en que bogaban los remeros, reinaban la violencia y la tiranía, que convertían en máquinas á los forzados, que robaron y asesinaron tierras adentro, porque no sabían cómo eran las olas, cómo sobre ellas bramaban los vientos, y cómo el más valeroso y endurecido corazón de hombre se estremece y espanta y acobarda ante el espíritu siniestro é implacable que alienta en las entrañas del mar. Pero de tal escuela salían tales discípulos: los bravos navegantes, los fieros piratas, los osados filibusteros, los negreros como hienas, los combatientes de Don Juan de Austria ó don Alvaro de Bazán. La piel atezada, los músculos de acero, las entrañas quemadas por el alcohol y el tabaco, el lobo de mar era la misma fiera ó la misma bestia humana en todas las latitudes y en todas las costas. Parézcalle mal á quien quiera; de otro modo no hubiesen podido escribirse las páginas de civilización que ha representado en la historia de la Humanidad cada bajel y hasta cada piragua que el hombre ha lanzado sobre el mar.

Pero desde la aplicación del vapor á la navegación, los progresos de la mecánica han sido tales y tan rápidos, que el lobo de mar, para formarse, ha tenido que apelar á otra peda-

gogía y á otros métodos, procedimientos y ejercicios. Antaño, un buen patrón, un capitán osado tenían ciencia sobrada para recorrer todos los mares, con saber leer en la brújula y en las cartas de marear. Lo demás del mar, el mar lo enseñaba. Pero ahora, un modesto timonel de cabotaje debe saber resolver ecuaciones antes de que se entregue una nave á la experiencia de sus manos.

El problema de la enseñanza de los hombres de mar ha sido en el pasado siglo la mayor preocupación de los países, como Inglaterra, que tienen en la inestabilidad del mar lo más sólido de su integridad y de su poderío. ¿Cómo hacer un buen marino? Aun especializando todos los

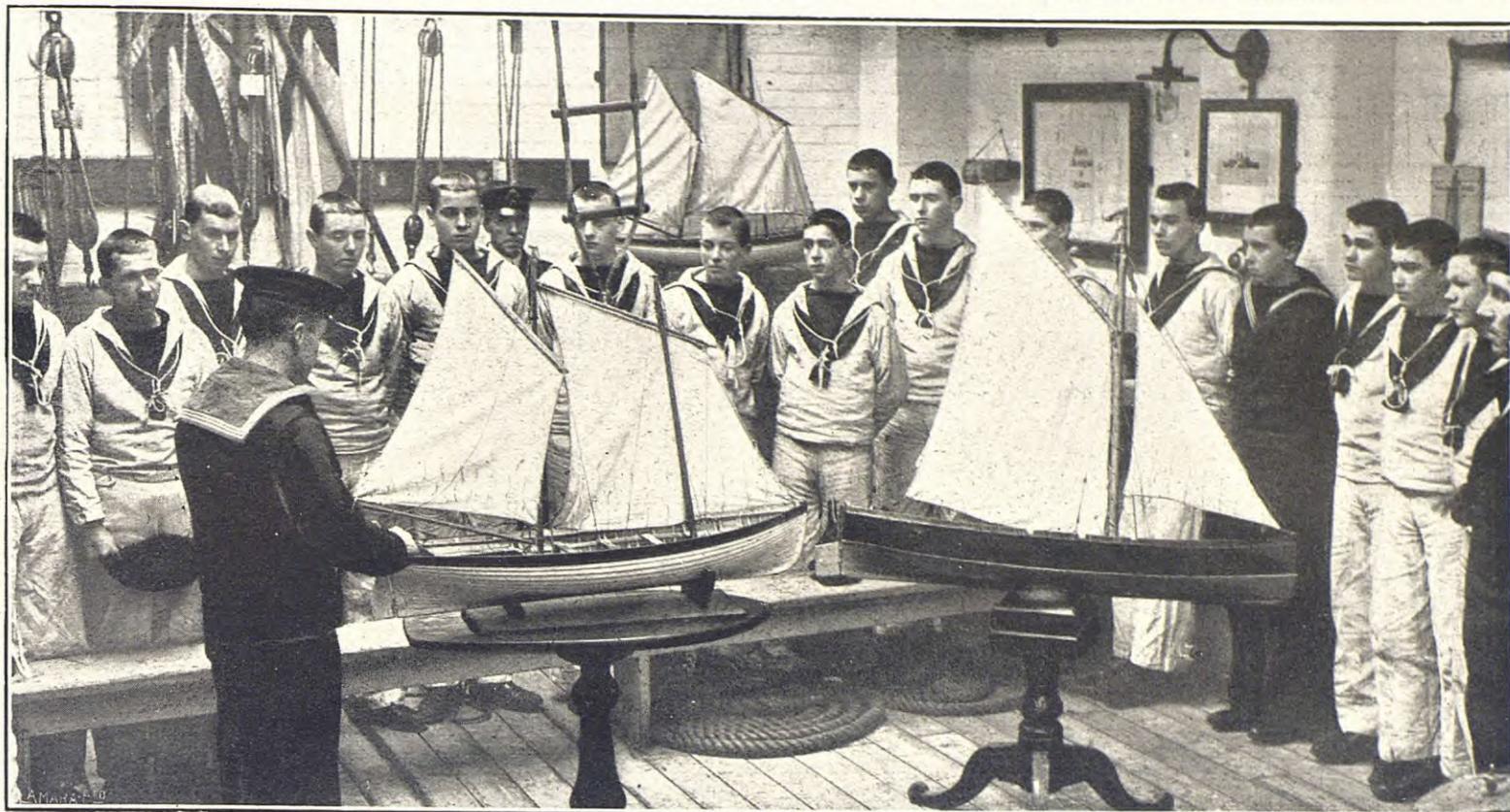
conocimientos necesarios, aun despreocupando al lobo de mar del planeamiento y construcción de la nave, del funcionamiento de las máquinas y de la artillería, de la organización y realización de todos los servicios auxiliares, la Náutica cada día se complicaba con nuevos avances de las Ciencias. La preocupación de los gobernantes ha sido tal en esta materia, que ha llegado á atribuirse una influencia decisiva hasta al lugar en que estuviese enclavada la Escuela Naval. Hacer del lobo de mar un sabio sin que perdiera su agilidad, su fuerza y su resistencia; fundir en un solo hombre la rudeza física del antiguo navegante, capaz de afrontar todos los climas, todas las inclemencias y todas las brutalidades de la Naturaleza con el refinamiento espiritual y el apetito de quietud y de ensueño que dan las Ciencias, eran empresas que parecían irrealizables. Así ha sido en las Escuelas Navales, donde la Pedagogía moderna ha llegado á más sutiles y admirables progresos.

A estos lobos de mar que han conocido los sangrientos lustros del siglo XX, podían entregárseles las más complicadas y tremebundas máquinas de guerra. Apenas el más estúpido sabio hacía un descubrimiento, se ensayaba y practicaba, y aun mejoraba y completaba en las naves de la Marina de guerra. La pedagogía naval era como un campo fecundo donde ninguna buena semilla se perdía, y el valor y el saber nacían conjuntamente en todos los corazones y en todos los entendimientos.

Pero, ahora, en el estruendo de la guerra, todo esto ha fracasado. ¿Cómo se navegará en el porvenir? ¿Cómo se guerreará mañana? No lo sabemos; no lo imaginamos. Cuando se llegaba al más admirable perfeccionamiento en las locomotoras del ferrocarril, comenzamos á caer en la cuenta de que el riel es un gasto excesivo é innecesario, y, además, que el contacto con la tierra es una causa de lentitud y de consumo estéril de fuerza. Acaso la carretera recobrará con los automóviles su antiguo bullicio, y acaso sea más sencillo poner alas á las mercancías y á los viajeros con el aeroplano, que seguir metiéndolos en los coches y furgones del ferrocarril.



Prácticas de señales de banderas en la Escuela Naval de Dartmouth



La clase práctica de maniobra en la Escuela Naval de Dartmouth

Lo mismo ocurre en el mar. Las grandes escuadras, las formidables escuadras que espantarían á Nelson y que han costado á las naciones tanto oro, no han servido apenas para nada. Los lobos de mar, que una sabia pedagogía había preparado para luchar sobre ellas, se han encontrado con que toda su ciencia era inútil y todo su valor innecesario. Sí, sin duda, los lobos de mar de los siglos que vendrán, tendrán que estar preparados y forjados por los dos mismos elementos: valor y saber, pero otro valor y otro saber distintos.

Nada ya de grandes acorazados; nada de miles de hombres en una misma nave; nada de formidables baterías. Un tubo de acero donde apenas caben veinte hombres; un casco ligero y resistente que puede hundirse y esconderse en

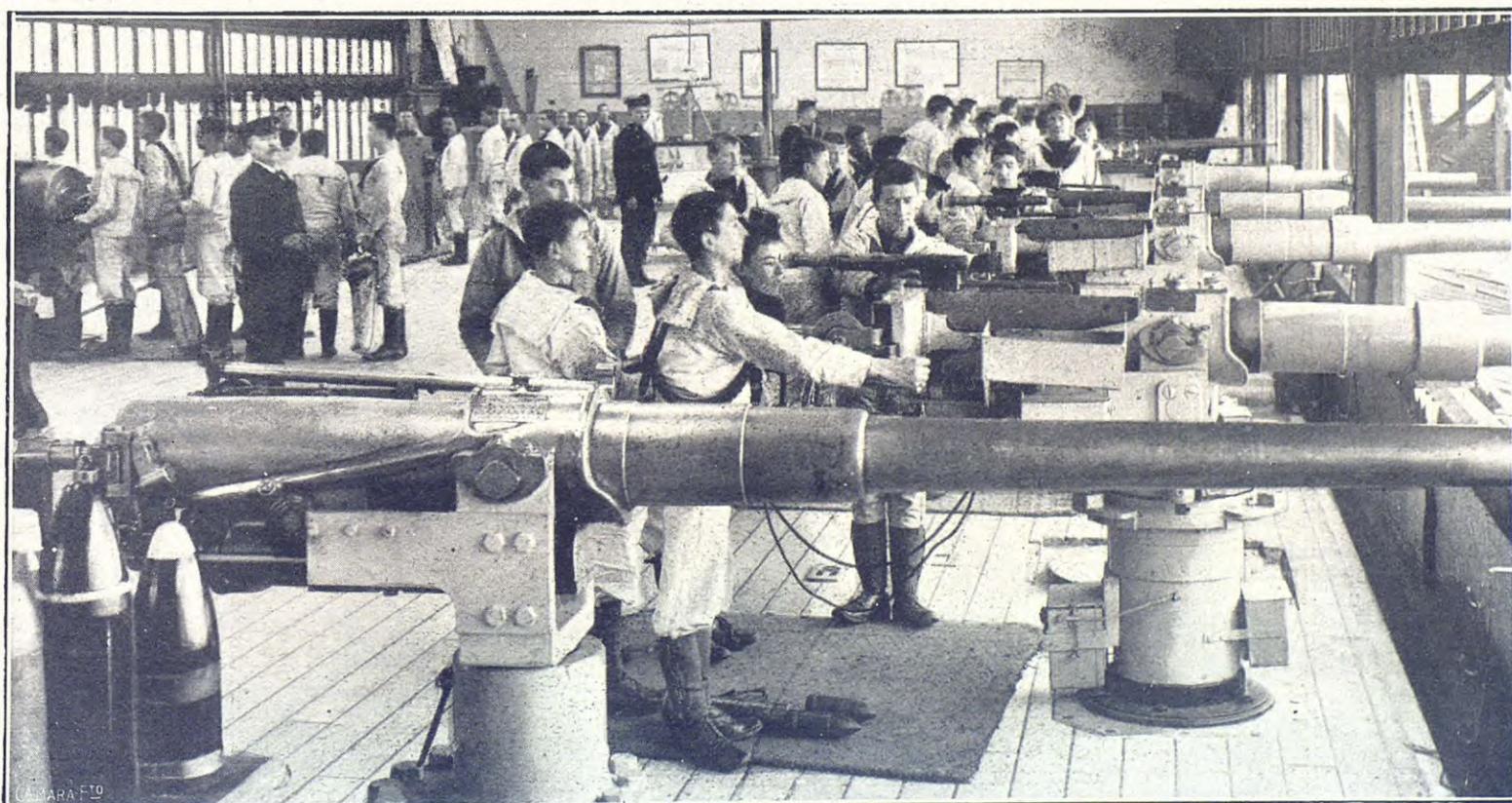
las profundidades del mar. Es una máquina nueva que exige en sus tripulantes resistencias físicas nuevas. No se necesitará ya agilidad de piernas y fuerza de brazos para subir á las cofias ni para acudir á lanzar las lanchas de salvamento ó de desembarco al mar; se necesitan, en cambio, resistencias incalculables en los oídos, en los ojos y hasta en la misma piel.

Así, los pedagogos de las Escuelas Navales se preguntan qué gimnasia necesitarán los nuevos lobos de mar. De otra parte, la Náutica quiere saber cosas nuevas; todavía la nueva máquina está ciega en el fondo del mar. Puede ver la superficie, pero no ve á través de las masas de agua, ni mirar hacia el suelo, donde hay una flora y una fauna que adivinó Julio Verne. Pero esa máquina llegará á ver, y entonces las cartas

de navegar señalarán las montañas y los abismos, los valles y los precipicios ignorados que cubren las olas. No será necesario saber ya Astronomía y mirar al cielo, sino Oceanografía, y hundir la vista y el pensamiento en las profundidades misteriosas donde la Ciencia irá encontrando nuevas leyes y aun nuevos elementos.

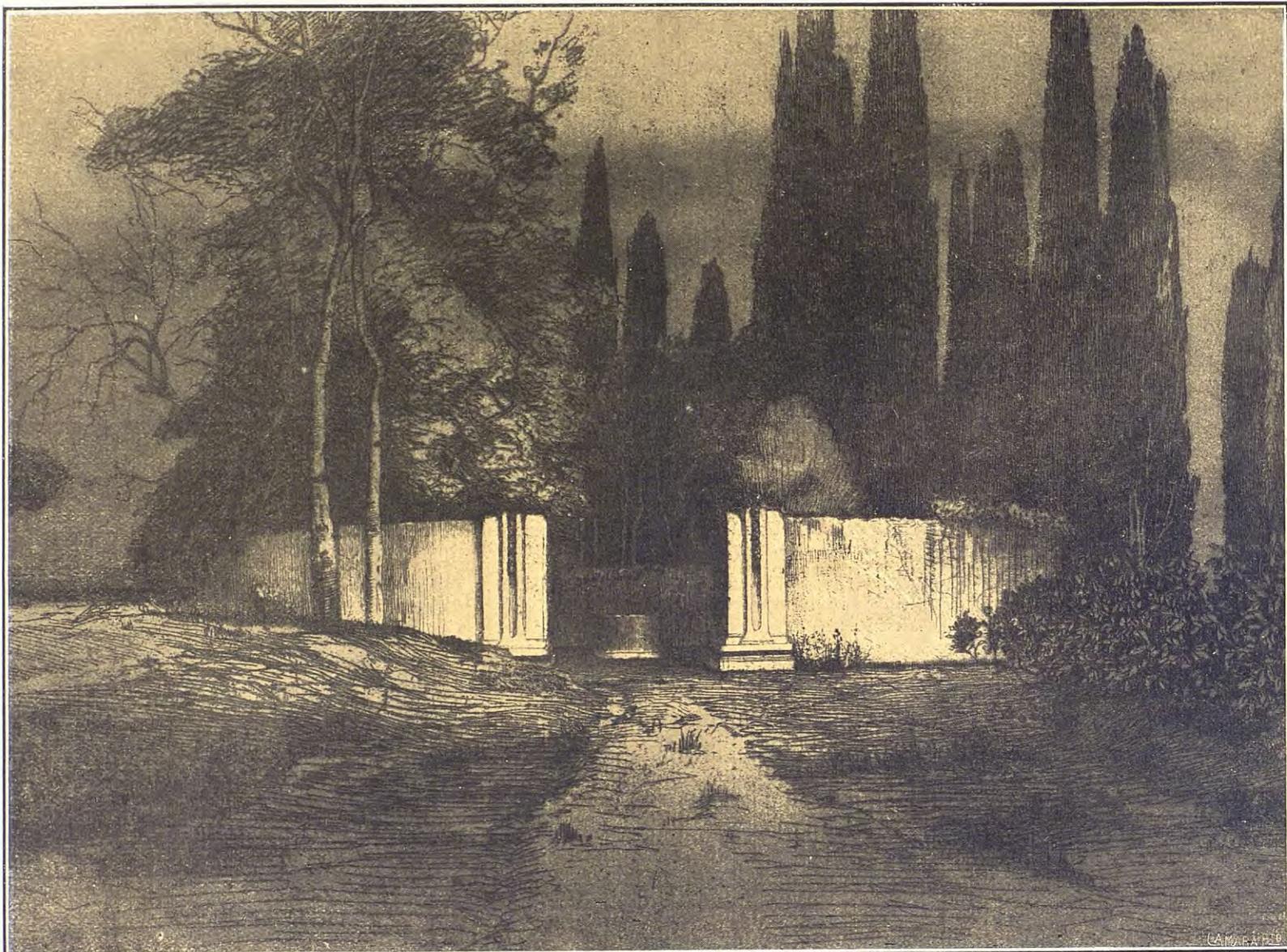
He ahí que los que estudian para lobos de mar en este período de transición, están aprendiendo un saber viejo y un valor inútil. Ni en Lepanto, ni en Trafalgar, ni en el Cabo de San Vicente volverán á luchar los hombres. Es toda la pedagogía de un siglo, que parecía de recio acero y se desmorona como un castillete de naipes.

DIONISIO PEREZ



Prácticas de cañón de tiro rápido en la Escuela Naval de Dartmouth

BELLAS ARTES  
AGUASFUERTES DE LABRADA



"Silencio", aguafuerte original de Fernando Labrada

SIEMPRE tuvo el arte de Fernando Labrada este reposo en la melancolía y esta serenidad en el dolor. Se asoma á la vida como esos contemplativos silenciosos que se recuestan en lo alto de un puente ó sobre la balaustrada de una terraza, y miran la agonía del sol, lenta y esplendorosa. Como un suave regato á la sombra propicia de unos árboles, y lejos de los ejercidos caminos de la multitud, va su arte deslizándose.

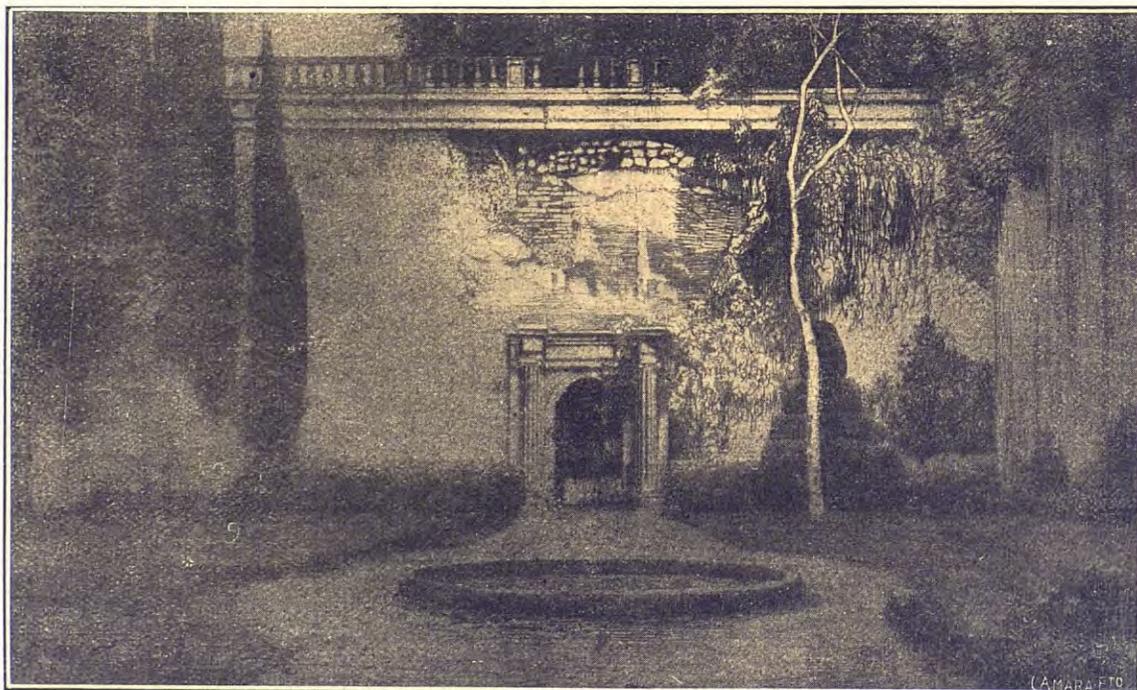
Pero así, falto de clamores audaces, desdeñoso de estridencias arrivistas, sin otro norte que la satisfacción íntima y el reconcentrado deleite de la propia sensibilidad, no es fácil lograr los triunfos oquedosos que á la gente aprenden nombres y facilitan criterios hechos.

Y, sin embargo, es más grato acer-

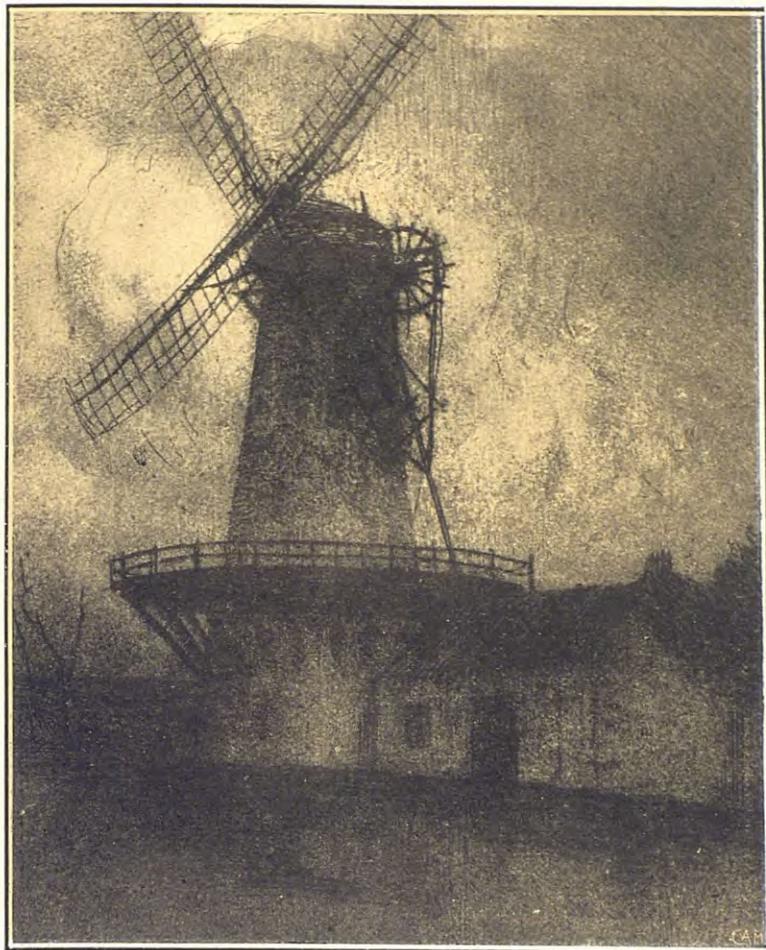
carse á estos hombres, doloridos y callados, que á los otros, amantes con fortuna de la gloria. Parece más nuestra la emoción que surge de su obra no profanada, fortalecida en el silencio, el aislamiento y la nostalgia.

Hace mucho tiempo que vimos los primeros cuadros de Fernando Labrada. Catorce años. Tal vez quince. En una de aquellas simpáticas Exposiciones del Círculo de Bellas Artes, en un saloncito tan pequeño que solamente cincuenta cuadros y treinta personas cabrían allí.

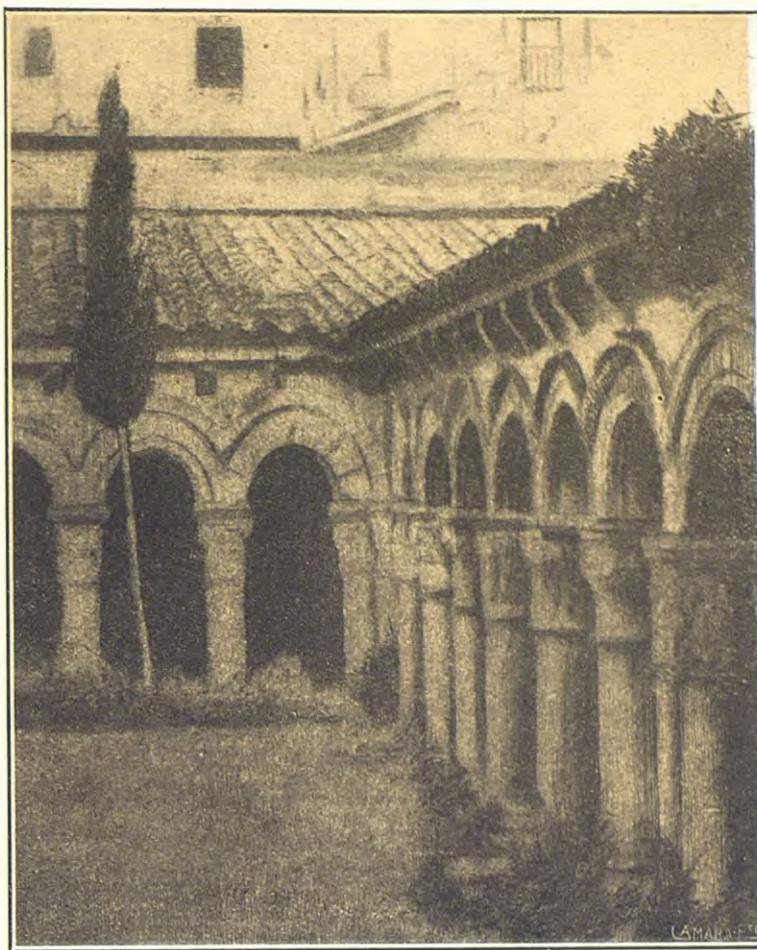
Fernando Labrada llegaba á Málaga, donde ha nacido, y era el discípulo favorito de Muñoz Degraín. Por encima de esa indudable influencia que el maestro valenciano impone como un tributo de su enseñanza, Labrada tenía ya su elocuencia personal.



"Jardín italiano", aguafuerte de Fernando Labrada



El molino



Claustro de Santillana

(Grabados originales de Fernando Labrada)

Vagaba en sus paisajes el alma inquieta, embrujada de azul y de ensueño, de Madrid. Amaba los rincones umbríos, las plazoletas solitarias y magnificadas por el crepúsculo, los cipreses que custodian los estanques donde las aguas duermen bajo sus colchas de verdín; las piedras doradas de tiempo, de otoño y de agonía; los caminos tentadores para la confidencia...

Del saloncito minúsculo fueron pasando los cuadros de Fernando Labrada a las Exposiciones Nacionales; la fervorosa admiración de unos cuantos compañeros se amplió, también, a los juicios más ó menos críticos de la prensa y a las pálidas envidias de los profesionales. Vinieron, además, las medallas. Una tercera en 1904; otra tercera en 1906.

Alternaba los paisajes con los interiores. El mismo concepto sutil y melancólico les daba el romántico resultado. Eran interiores humildes; pequeños reposorios en los que parecía sentirse caer el silencio gota á gota, como un bálsamo purificador, ó penetrar onda á onda como un perfume enervante.

De pronto, en uno de esos interiores, tan reducidos de dimensiones como enormes de finalidad, entrevemos una mujer. Está sentada de espaldas á nosotros. Ha caído de bruces sobre una mesa camilla, bajo el halo dulce y manso de una lámpara. Naufragan en la penumbra los muebles modestos. Se adivina la resignación, el desencanto, sin que todavía se haya extinguido la secreta luz de la esperanza. Esta mujer del cuadro tan conmovedor como una oración dicha en voz baja, como el trémolo febril de un instante amoroso, ¿llora ó duerme? No lo sabemos. Es tal vez la propia alma del pintor vestida de vulgaridad cotidiana que se rinde momentáneamente al dolor impuesto ó al ensueño voluntario.

En 1907, Fernando Labrada obtiene la plaza de pensionado de paisaje en Roma. Italia va á transformarle en apariencia, en momentáneo tránsito. Va á lijar su norma estética, definitiva, en realidad. Imaginad cómo este mozo que presentía elegíacas decadencias en la Moncloa, en los altos de Amaniel, en los desolados y polvorientos rincones de las Ventas, bañó su espíritu en los jardines extraordinariamente evocadores de la vieja Italia.

Aquí las fontanas de centenaria piedra en que el agua canta para D'Annunzio como cantó para Petrarca. Aquí las ruinas clásicas doradas de sol ó plateadas de luna, como estrofas sueltas de un inmortal poema. Aquí las frondas patrias con sus relámpagos blancos de marmóreas divinidades; los laberintos que siglos intricaron más aún; las verjas roídas de orín y aterciopeladas de cariñoso verdor; los cipreses que persiguen á la luna, ávidos de atravesarla con su aguda punta, que el véspero enrojece todas las tardes; los palacios, de un fastigio pretérito y príncipesco; las avenidas sonoras que surcan prados blandos como lechos, y en los que se oyen silbar, como los versos de Ovidio, las flechas de Cupido y por donde también pasan á veces las blancas teorías de unos monjes...

Pero, simultánea de este perfeccionamiento en la educación de la sensibilidad, se cumplía en Fernando Labrada una desviación artística. Recorría los Museos y visitaba las Exposiciones Internacionales. Eran súbitas revelaciones de un mando nuevo.

Dos cauces nuevos para su sensibilidad: el retrato de arcaizantes reminiscencias y las aguas fuertes, en las que puede refugiar su romántica sed...

Extraño retorno el de este pintor, pensionado

como paisajista, y que luego de cumplir con sus envíos reglamentarios empieza á presentar retratos en las Exposiciones Nacionales, como aquel admirable que en 1912 acompañaba á las pruebas de agua fuerte recompensadas entonces con segunda medalla.

Pero es, al fin, el grabado el molde exacto de su espíritu. Refugia en el grabado la melancolía, el desencanto, la saciedad de ciudadanía, que le consume y le idealiza.

Ved las siluetas femeninas esbeltamente acusadas, los viejos claustros de conventos ó las enfáticas arquitecturas de la Italia de ayer...

Pero vemos algo más interesante todavía. El desposorio actual de un artista con la misteriosa melancolía que fué su primer amor en los lienzos lejanos y moceriles de hace quince años.

Misteriosa melancolía que, como las novias pobres, desdeñan los hombres cobardes ante la vida y aduladores ante la gloria.

José FRANCÉS



Aldonza Saturno



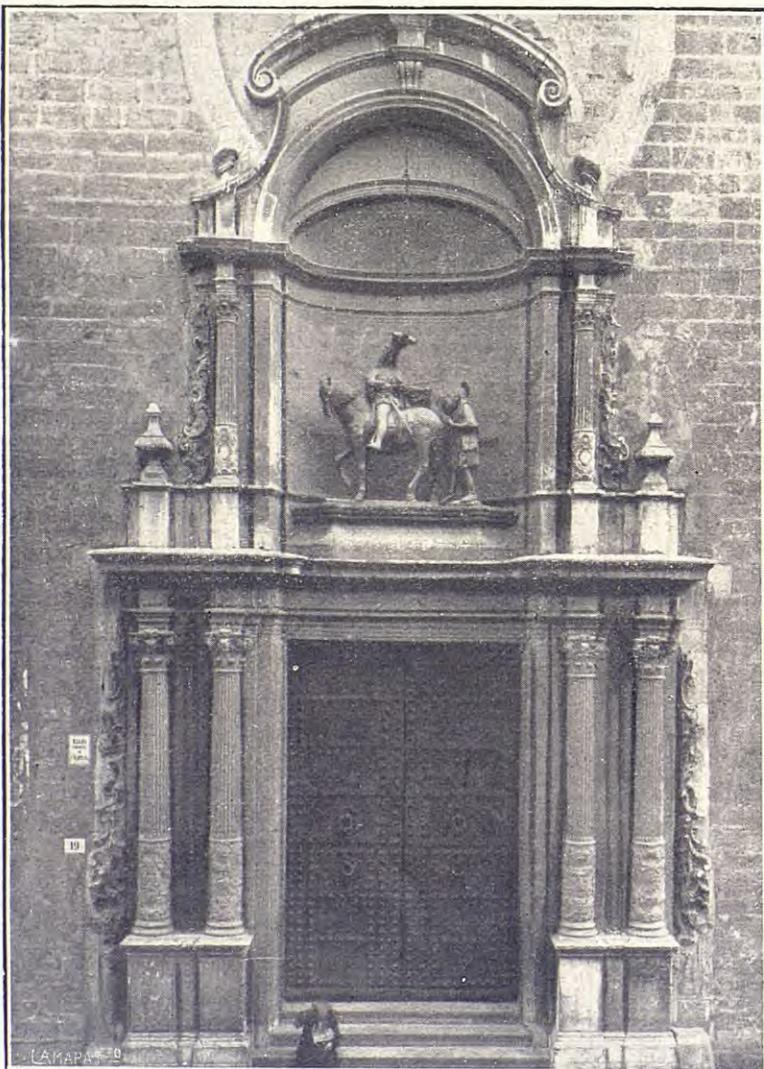
Dama florentina

# VALENCIA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



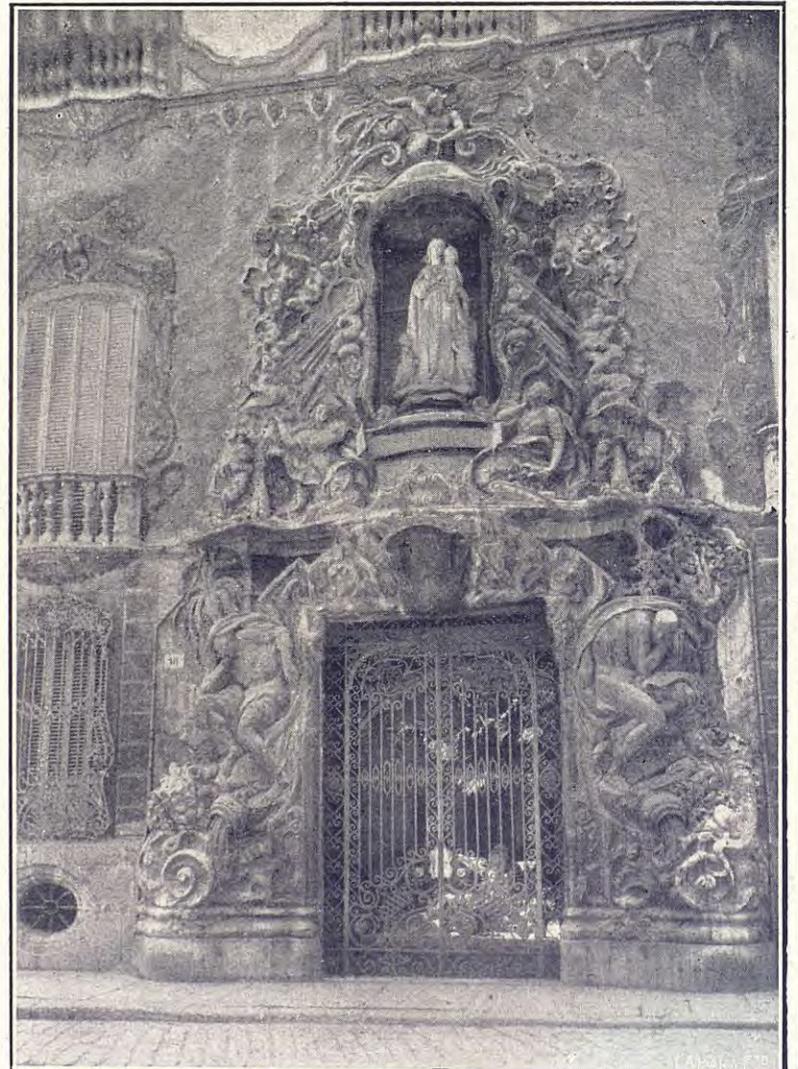
La iglesia de los Santos Juanes, reedificada en 1363, que encierra muchas bellezas artísticas, entre ellas los admirables frescos del techo, pintados por Palomino

FOT. GARCÍA



Puerta principal de la iglesia de San Martín, con la estatua del santo en bronce, obra del siglo XV

FOTS. GÓMEZ DURÁN



Portada del palacio de la marquesa de Dos Aguas, obra escultórica de gran mérito artístico



ES Valencia, mi tierra, madre de cosas bellas; la esencia de su espíritu son sus flores, su arte, su vida intensa, luminosa y fuerte.

Su arte, sobre todo, surge espontáneo de los clásicos poros de este suelo privilegiado y fecundo, manifestándose constantemente en infinitas y bellas formas. Una de ellas, la más típica del arte valenciano, es el abanico. Fué siempre esta industria la preferida por muchos de nuestros artistas para aportar á ella su arte, sus delicadas concepciones, sus refinamientos.

De Valencia salen millones de abanicos, que se esparcen por todo el mundo; millares de obreros encuentran resuelta su vida, gracias á esta industria. Para muchos artistas, es este arte la solución de las molestas exigencias de la vida; pero, una vez resuelta la momentánea crisis, lo abandonan. Hacen mal. Al abanico valenciano le convendría aristocratizarse, refinarse más, elevar su rango, para que en verdad sea un objeto de arte.

Convencido de esto, me atrevo á dar un consejo por medio de estas páginas. En las escuelas y academias de Valencia no existe una clase en la que se dé la enseñanza del arte del abanico, en la que se hable de los diferentes estilos, épocas y evoluciones por que ha pasado este arte tan gentil y tan delicado.

La mujer española merece que los artistas valencianos que al arte del abanico se dedican, piensen que sus creaciones han de estar entre sus delicadas manos, que sus secretos, sus ansias, sus sonrisas, se escudan siempre entre los pliegues de un abanico...

¿No es eso mérito bastante para que los valencianos traten, por cuantos medios puedan poner en práctica, de elegantizar y aristocratizar sus creaciones, aprovechando en su favor la importancia que tiene la industria?

Una clase donde pudiera proporcionarse la enseñanza de la historia del abanico, desde los tiempos más antiguos de su existencia hasta nuestros días, pudiera reportar incalculables beneficios. Los valencianos, que son artistas por intuición, pudieran ampliar sus conocimientos, siendo en todo momento artistas especializados por la enseñanza.

Así se lograría aristocratizar el abanico de Valencia y espiritualizarlo con la aplicación de

detalles de tiempos pasados á los gustos de hoy y á las modas que vayan poniéndose en circulación.

De cualquier manera, nunca estaría de más en un pueblo tan artista como el de Valencia, la mayor amplitud en la que pudiera llamarse la cultura del abanico.

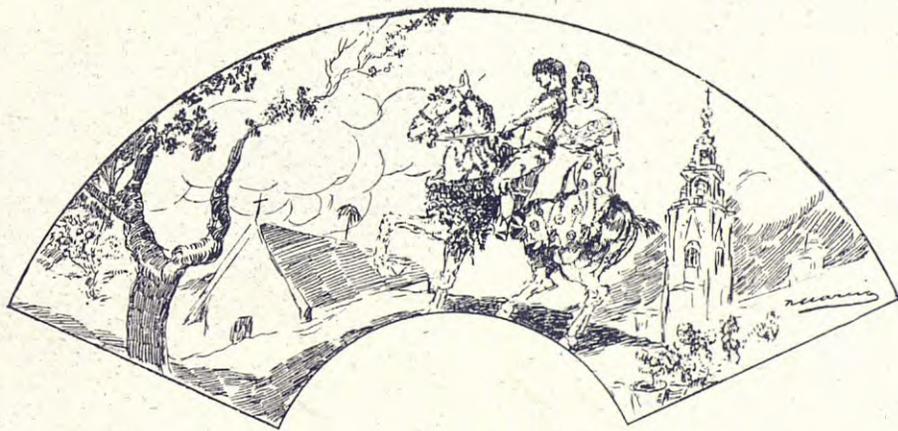
¿Por qué ha de renunciarse á dar á la industria abaniquera valenciana las condiciones de elegancia, de delicadeza y de aristocracia á que puede aspirar, haciendo de ella una digna competidora y aun semejante de las más famosas francesas del Oise y de las chinas de Cantón y de Nankín?

Aparte estas circunstancias, por sí solas merecedoras de ser tenidas en cuenta, sería interesantísima y útil la enseñanza de la historia del abanico, desde los tiempos en que ya era conocido y usado en los pueblos de Oriente, sin olvidarse de los elementos que fueron sus precursores. El interés histórico, y también el anecdótico, aumentarían al recordar otros pueblos, otras civilizaciones y otros tiempos en los que el abanico fué un objeto lleno de gracia, picardía y espiritualidad.

Estas enseñanzas, hasta llegar á nuestros días, pudieran completarse con el conocimiento de los museos, pinacotecas y colecciones, en los que se conservan numerosos abanicos de incalculable valor artístico ó histórico.

Piénsenlo los valencianos, que, prescindiendo de que la idea sea expuesta por mí, la considero bastante interesante para que todos á quienes afecta la industria del abanico la mediten un poco.

POVO



## ABANICO VALENCIANO

Los fulgentes rayos de oro del sol que mimó á Valencia —gentil sultana dormida, que en su Paraíso sueña, velada por un cortejo de artistas y de poetas, guardadores del tesoro que su inspiración alienta—; del anciano Miguelete la majestuosa silueta,

con noble arrogancia altiva, como arrogante, serena, testigo y evocadora de fenecidas grandezas; el diáfano azul del cielo; la llanura de la huerta; las rosas y los claveles que brotan de las macetas y el puro ambiente embalsaman glorificado á su esencia;

de los típicos huertanos la engalanada pareja, y el arrullo de las olas del mar, que, rendido, besa, son los encantos que brinda, esclavo de la belleza, el país de este abanico, ¡que es el país de mi tierra!

FEDERICO GIL ASENSIO

# ORACIÓN AL APÓSTOL

Santiago, Apóstol, caballero  
que en alto llevas el acero,  
todo centellas, todo luz:  
haz un descanso en tu jornada,  
abate el hierro de la espada  
y alza el madero de la Cruz.

Mira la tierra generosa  
resquebrajada y cenagosa  
temblar de miedo y de dolor,  
bajo el tronar de los cañones  
con que las bárbaras legiones  
siembran la muerte y el horror.

Mira los bosques destruidos  
y los jardines encendidos  
como la boca de un volcán;  
mira las torres calcinadas  
y las iglesias ultrajadas  
con fiero y trágico ademán.

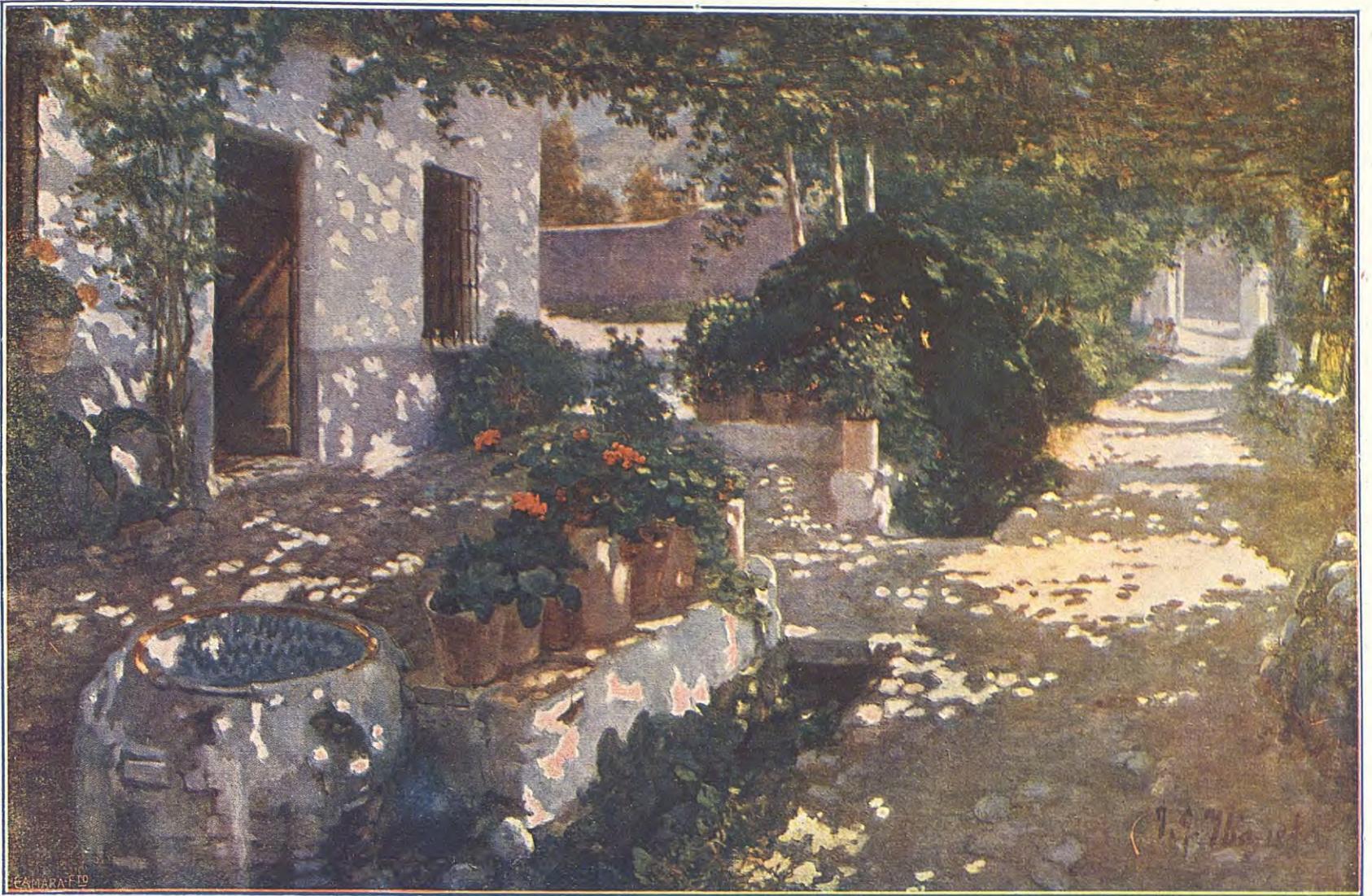
Y las ventanas bendecidas  
hechas de espumas florecidas,  
donde reía antes la luz,  
rotas, vencidas, mutiladas,  
igual que rosas deshojadas,  
para sarcasmo de la Cruz.

Señor Apóstol caballero  
que en alto llevas el acero,  
el del indómito corcel:  
rompe tu espada vencedora,  
para que sea desde ahora  
bandera santa tu alquicel.

SALVADOR MONSALUD

DIBUJO DE MARÍN





"Huerto granadino", cuadro de Joaquín G. Ibaseta, que figuró en la reciente Exposición Nacional de Bellas Artes

## LA VERDAD ES DOLOR

# EL PECADO DE CURIOSIDAD

**L**A muchachita blanca y rubia, como hecha de nardos y de sol, me decía:

—No puedo estar alegre. Ríe el sol, ríe el aire, ríe la tierra porque es verano, y, sin embargo, yo no puedo reír. Las arañas van hilando en las ramas de la zarza, como en una rueca, sus hilos invisibles; el río se destrenza, deslizándose sobre su lecho orillado de juncales y mimbreras; los trigos se retuestan y se vuelven de oro, ya bien granados; cantan los ruiseñores en la espesura de los jardines, cuando el viento tiene la blanda caricia del anochecer... Y, sin embargo, yo no puedo reír. Es verano y la vida se ofrece con sus días largos, luminosos y transparentes, y la tierra, recién regada, tiene un delicioso perfume á búcaro colmado de agua, que se rompe. Y, sin embargo, yo no puedo reír, porque el aire, y el sol, y el río, y las mimbreras, y los juncales, son para mí como una copla doliente y un vino triste. Antes, que el amor había puesto sobre mis ojos una venda, amaba y reía á la vez; ahora, que tengo los ojos abiertos á la luz, amo también, pero ya no me río. ¿Qué tiene la verdad?

ooo

Se trata de una mujer que escondió su amor en un jardín soleado y brillante como un huerto granadino. Estaba satisfecha de vivir y sentía en las venas el golpe de su sangre joven y bulliciosa, y por eso buscó para apartarse del mundo un rincón donde reía la luz y reía el agua, y las rosas parecían bocas entreabiertas por el placer, y los pavos reales pasaban por entre la maraña de los árboles sus colas pomposas y sus cabecitas empenachadas. Pudo buscar un huerto norteño, donde el sol tiene siempre pálidos resplandores de oro antiguo y las fuentes cantarinas exhalan un murmullo de oración; pero pensó que su alegría y su juventud estaban mejor en un jardín donde la Naturaleza estallara en colores detonantes, en penetrantes perfumes y en sonoros murmullos, y eligió el bullicioso retiro de sol, de ruidos y de pájaros, embriagado

de luces y de color, como un carmen andaluz. Allí vivió encerrada, poniendo al margen de su vida, como en las páginas de un libro en blanco, las notas que habían de servirle para escribir su glosario espiritual. El rapaz ceguezuelo le vendaba los ojos, y ella, cuando no veía, se sentía feliz. Reía y cantaba, mientras empapaba su alma en los perfumes de la ilusión y del amor, la engañosa mentira que trae al mundo de cabeza. Después, libres sus ojos de la venda y abiertos á las claridades de la realidad, ya no se ríe, aunque los días son propicios, porque es verano, y ríe la Naturaleza con risas de luz en el cielo, de aromas en el aire, de agua en las acequias, de oro en los trigales del campo. Y ahora, pregunta la muchachita enamorada:—¿Qué tiene la verdad?

ooo

Quien dice ciencia, dice dolor, ha escrito el sabio. Escribamos nosotros para ponerlo más claro, aunque el sabio se moleste al enmendarle la plana, que quien dice verdad dice dolor. Se es dichoso viviendo envuelto en la trama azul de los sueños. Cuando se sale de ella y se entra en los dominios de las historias reales, evidentes y verdaderas, nos acecha el desencanto y nos gana el corazón la tristeza. La razón y la verdad son tan humanas como bellas, pero son muy amargas. Yo no sé si esto lo han dicho Aristóteles ó Platón; pero si no lo han dicho, peor para ellos, porque resulta que estaban de filosofías algo peor que todas las muchachitas enamoradas. Estas lo saben muy bien. En cuanto razonan el amor y dejan de soñar para descender á la vida del vulgo, empiezan á ser infelices.

Ahí está la jovencita blanca y rubia, como hecha de nardos y de sol, que encerró su ilusión en un rincón florido y soleado como un huerto granadino. Mientras hila la araña, ríe el agua y cantan los ruiseñores al atardecer, ella, inquieta y entristecida, se pregunta: ¿qué es la verdad? Sin duda, alguna realidad, que yo adivino, le pone ante los ojos una amargura.

Es el eterno cuento infantil. Una pastorecita, que se llamó Blanca-Flor, ó Pan y Miel, ú otro nombre por el estilo, amó á un príncipe que cazaba en el bosque, disfrazado de campesino ó de zagal. El príncipe exigió á la pastorecita la promesa de amarle sin pretender averiguar quién era ni de dónde venía. De no cumplir esta condición, el pastor misterioso se alejaría del bosque, abandonando á Blanca-Flor para siempre.

La pastora resistió cuanto pudo á la tentación. Pero un día se sintió acuciada por la curiosidad, y mientras su galán dormía, le registró las ropas y el zurrón, hallando un anillo que tenía labrado un emblema real. Al despertar el zagal, sorprendió á la pastora y se enfadó con ella, huyendo de su lado sin atender sus quejas ni sus ruegos. ¡Pobrecita Blanca-Flor ó Pan y Miel! Sola y triste, llorando su desventura, se quedó en el bosque, sin amor, sin pastor y sin príncipe. Por querer conocer la verdad, destruyó la felicidad en que vivía. ¿Está claro que quien dice verdad, dice dolor?

ooo

Muchachita blanca y rubia, como hecha de nardos y de sol. Amiga mía... La fábula de Psiquis se repite en el mundo constantemente. Desde que el mundo es mundo, conocer la verdad es condenarse á infelicidad perpetua. No te inquiete conocerla y vive en el jardín elegido, entre rosas, adelfas y geranios, como una flor más. Ama sin preocuparte de la razón del amor, y ríe como la luz y como el agua, porque es verano. Nunca vuelvas hacia atrás la cabeza, como la mujer de Lot, ni inquieras en la sombra del porvenir, llena de peligros. Confórmate con el presente, y ama. No seas curiosa y deja á la verdad en su sitio. Recuerda que un Santo Padre dice que el infierno está lleno de almas que sintieron la curiosidad del pecado.

José MONTERO



La Foradada, en las posesiones del archiduque de Austria Luis Salvador, en Mallorca

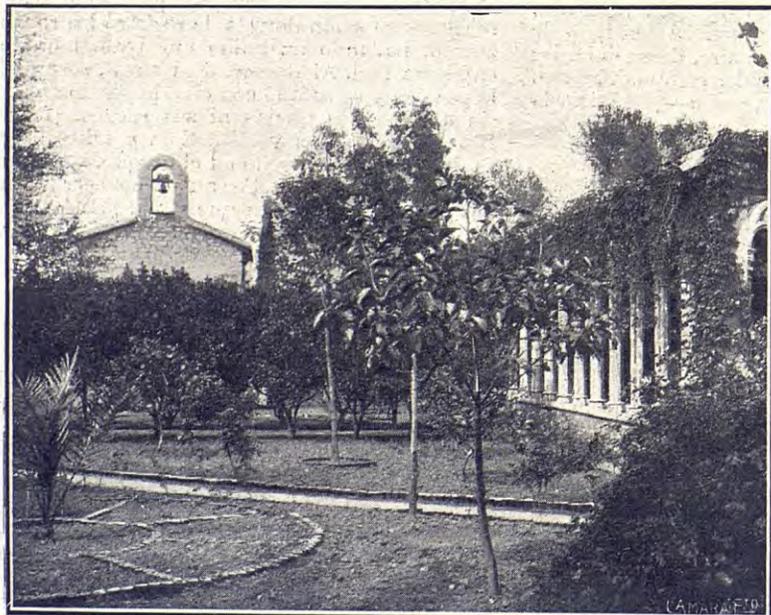
## Las posesiones del archiduque Luis Salvador

El interés que ha despertado la herencia del archiduque de Austria, Luis Salvador, donando á su secretario D. Antonio Vives la cuantiosísima fortuna que formaba su patrimonio, cuya cantidad se valúa en trescientos millones de pesetas, es asunto apropiado para toda clase de agradables comentarios, encomiásticos todos, por el rasgo verdaderamente magnífico del difunto prócer, obsequiando á un fiel servidor con tan rico presente, que si muy

alto habla de la espléndida y cariñosa conducta del munífico príncipe, no menos demuestra que la lealtad y el fervoroso amor de un servidor inteligente y laborioso halla merecida recompensa, aun hoy, en estos tiempos calamitosos en los que el egoísmo y la indiferencia de grandes y pequeños han convertido en más legendario todavía aquel viejo espíritu noble, caballeresco y grande, que unas veces anidaba en pechos de alta alcurnia, y otras, por igual, en co-

razones de hidalgos humildes, sin otra ejecutoria que su honrada pobreza.

Pero no es de este lugar ni de nuestro propósito glosar con comentarios la actualidad que este suceso ofreció á la curiosidad de todos. Un aspecto menos conocido y que brinda un interés más general, es el que vamos á tratar, ofreciendo aquí á nuestros lectores una somera información. Con las fotografías que ilustran estas páginas, no habrá menester de nuestra parte



Un aspecto de los jardines de Miramar, de las posesiones del archiduque Luis Salvador, en Mallorca



Un bello rincón del sendero de la Estaca, en las posesiones del archiduque Luis Salvador, en Mallorca

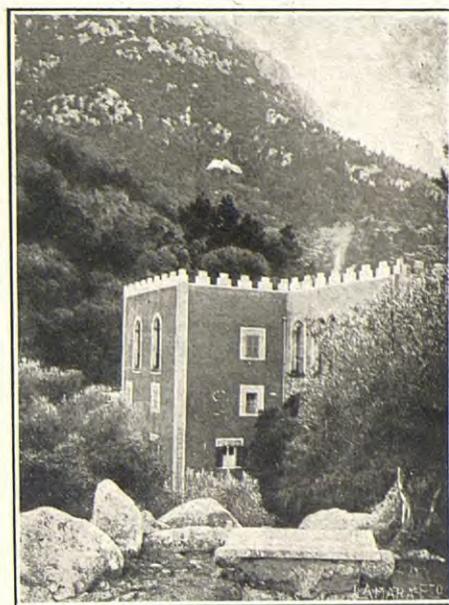


Casa hospedería en las posesiones del archiduque

un gran esfuerzo ni una larga exposición de antecedentes, para poder afirmar que en la espléndida herencia del archiduque de Austria, todos hemos obtenido un beneficio: el beneficio que supone poner en propiedad de un español aquella parte de la herencia del prócer, que á más de su valor material ofrece el inapreciable de constituir un tesoro de arte. En este aspecto todos podemos considerarnos herederos del archiduque. Sus posesiones de Mallorca, cuyas riqueza y belleza son imponderables, serán ofrecidas libremente á



Monjes de la ermita de la Cellaveya, existente dentro de los dormitorios del difunto archiduque



El Palacio de Miramar, propiedad del fallecido archiduque

la contemplación y al disfrute del público. Es este un rasgo encomiable, merecedor de todo elogio, que el heredero, D. Antonio Vives, tiene para sus compatriotas. Los parques, los jardines, las bellísimas posesiones de Miramar, de Pollensa, de La Puebla y otros bellos lugares de la isla, todos serán puestos libremente á las visitas del público, con lo que esta riqueza de arte natural ya no será solo privativo goce de unos cuantos selectos y elegidos, sino de todo aquel visitante que busque una emoción de belleza.



Cuevas de San Marroig, en donde se ve un trozo de la carretera de la Foradada

FOTS. A. DONILIA



# FLORES DEL CAMPO

## DE VERANO

EN la playa de moda, donde triunfa tan poderosamente como en la corte, nuestra moderna Afrodita se deja acariciar por la espuma del Ccéano. De ella nació la Venus mitológica, como de la espuma del jabón «FLORES DEL CAMPO» nacen hoy las seducciones, las gracias y la belleza. Entre un coro de alabanzas, orgullosa y muy segura de su triunfo, sentada sobre un peñón de la costa, se recrea y sonríe, mostrando á sus rivales la incomparable hilera de sus dientes blancos, que el OXENTHOL ha pulido y esmaltado al refrescar su boca.

El buen tono, la arrogancia de su andar firme, la difícil distinción que emana su cuerpo, la delicadeza de su cutis de seda, todo lo debe á las creaciones «FLORES DEL CAMPO», aliadas de los encantos femeninos y poderosos enemigos de la vulgaridad. Más tarde, en el Casino, reinará de nuevo entre la gente *bien*, que no usa sino productos de la PERFUMERÍA FLORALIA, y que dedica muy justos elogios al higiénico desodorante SUDORAL, con cuyo empleo han cesado los inconvenientes del verano, toda vez que, sin suprimir la transpira-

ción de la piel, transforma lentamente el sudor y lo purifica. Ella no es única en el gran mundo; otras muchas damas pueden competir con ella, dentro y fuera de la alta sociedad, puesto que á todas son asequibles las creaciones «FLORES DEL CAMPO», desde la altiva señora á la obrerilla modesta. La PERFUMERÍA FLORALIA tuvo en cuenta la mujer al idear sus productos, y en que á todas llegaran sus beneficios fué su aspiración primera.